

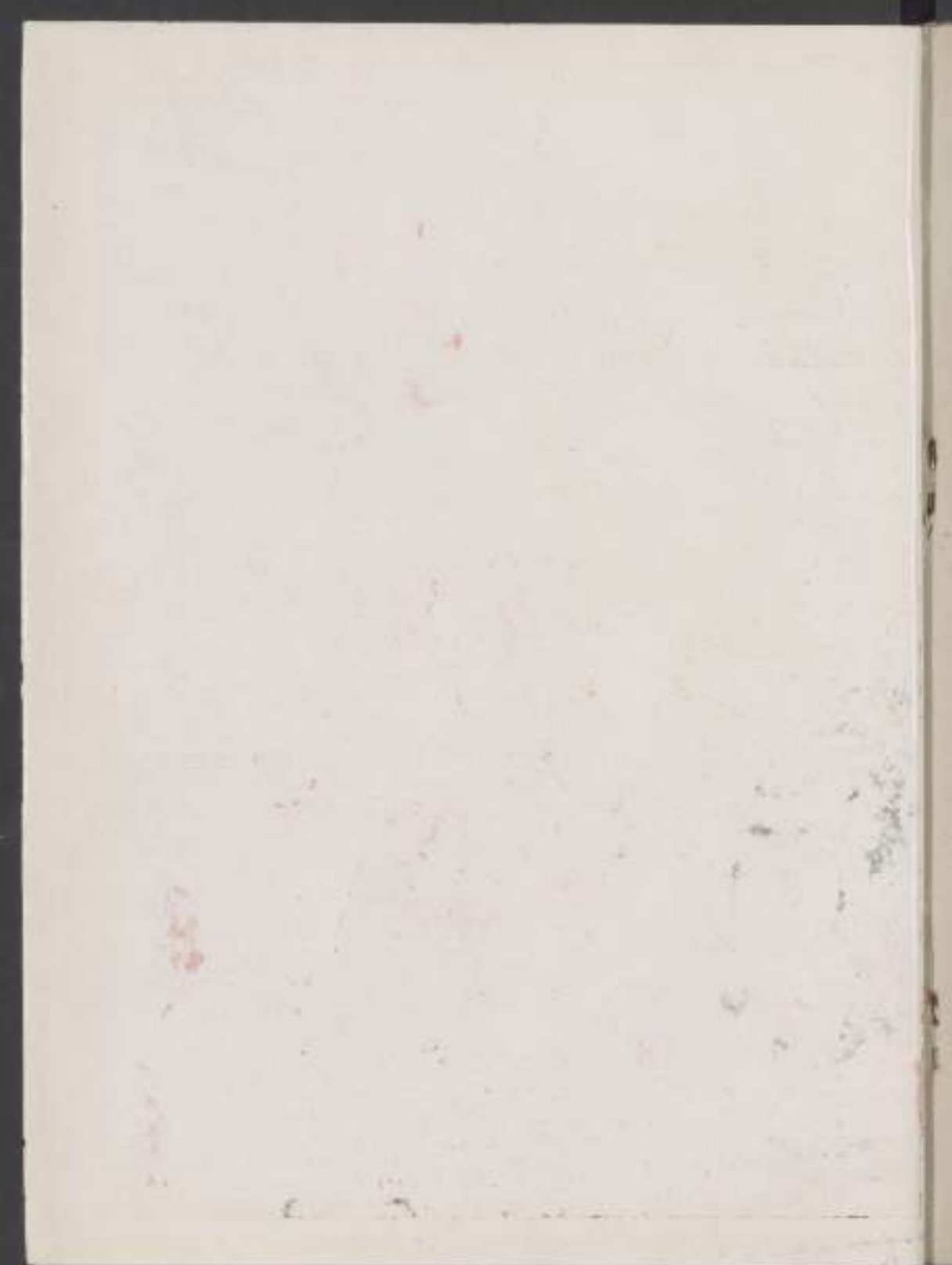
QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

Miriam
HOPKINS
Joel
Mc. CREA



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ALFA

Editorial Japas





AGENTE DE VENTAS:

Sociedad General Española de Librería

BARRADA, 14 y 16
BARCELONA

TETUAN, 19
MADRID

Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 214 - Teléfono 70677
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROMETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 334 - Apartado Correos 707 - Telé. 70667 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Barbieri, 16, Barcelona-Tetuan, 17, Madrid

EDITORIAL
ALFA



AÑO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE  ALFA

NUM. 64

NUM. 319

UNA comedia americana, en la que se presentan varios acusados caracteres que luchan entre sí para imponerse unos sobre otros.

Finalmente el amor sincero y noble triunfa de las torcidas pasiones, uniendo a aquellos seres que por ley natural se pertenecen y ridiculizando el fracaso de los que lo supeditan todo a su ambición.

Miriam Hopkins y Joel MacCrea en los principales papeles, secundados por un reparto escogido, llevan a buen fin la acertada trama de esta novela.

Una producción SAMUEL GOLDWYN

UNITED
ARTISTS

Distribuida en España por

CINEMATOGRAFIA EXCELSA, S. L.
Aragón, 271 - BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

| | |
|-------------------------|---------------------------|
| <i>Virginia Travers</i> | <i>Miriam Hopkins</i> |
| <i>Kenneth Nolan</i> | <i>Joel MacCrea</i> |
| <i>B. J. Nolan</i> | <i>Charles Wininger</i> |
| <i>Henry</i> | <i>Erik Rhodes</i> |
| <i>Nina</i> | <i>Ella Logan</i> |
| <i>Judy</i> | <i>Leona Maricle</i> |
| <i>Hunk</i> | <i>Broderick Crawford</i> |

Dirigida por

Jonh Blystone

Según la obra original de

**Lyn Root y
Frank Penton**

Narración literaria de
Victor Centellas

Quien conquista es la mujer

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

LOS NEGOCIOS DE B. J. NOLAN

UN lujoso transatlántico, con piscina, pista de tenis y todos los adelantos y comodidades de la vida moderna, estaba en su último día de la travesía Inglaterra-Estados Unidos. Al día siguiente, todos sus pasajeros pisarían Nueva York, para perderse en muy distintas actividades. La mayoría de ellos se trataba de gente adinerada que regresaban de viajes de negocios o, simplemente, de placer, y entre estos últimos se podía contar a más de uno de los que se dedican a vivir a costa de los demás. Aventureros; jóvenes con aspiraciones a un matrimonio que les solucionase la vida económicamente, y algún que otro negociante sin escrúpulos.

Kenneth Nolan era un joven mi-

llionario, muy discreto, que trabajaba porque creía que el tener alguna ocupación sería lo único digno que podía hacer un hombre a su edad y con una respetable cuenta corriente en los primeros Bancos neoyorkinos. Había trabado amistad a bordo con dos hermanos: Nina y Henry; y otro que no hubiese sido tan ingenuo como él, hubiera comprendido en seguida que iban a la caza de su dinero, fuese como fuese; y para ello habíase asignado el papel principal a Nina, cuyo propósito era casarse con él o, cuando menos, obtener una promesa de matrimonio, para luego, al no cumplirla, exigir la correspondiente indemnización.

No era un mal negocio para la joven, puesto que Kenneth, además

de sus millones, era un hombre bien parecido, alto, con indolente elegancia y cierta ingenua simpatía que lo convertían en un partido francamente bueno para cualquier muchacha casadera.

Nina contaba con su belleza y con la ayuda de su hermanito, que era una verdadera «alhaja» en lo que se refiere a vago, presuntuoso y una gran estupidez que se reflejaba en su manera de ser y comportarse.

Se hallaban los tres en cubierta tomando el sol después de un buen baño, cuando un oficial del buque se dirigió a Kenneth, indicándole que le llamaban al teléfono desde Nueva York. Le acompañó hasta la cabina.

—Aquí, señor Nolan.

Kenneth se puso al aparato, oyendo que quien le hablaba era nada menos que su padre.

—¿Diga?... ¡Ah! ¡Hola, padre! ¿Qué tal estás?

—Muy mal; desesperado... Están persiguiéndome.

El padre de Kenneth era un hombre de rostro bonachón y harto simpático, pero tenía un solo defecto: el de su pasión por los negocios raros, en los que veía fabulosas ganancias que luego se convertían en dolorosas pérdidas. Por eso su esposa, al morir, dejó todo el dinero que tenía a su custodia a su hijo Kenneth, el cual lo guardaba celosamente.

—¿Quién te persigue?—preguntó el hijo.—¿Qué has hecho ahora?

—Necesito cien mil dólares inmediatamente o lo pierdo todo.

—¡Oh, padre! Ya estoy viendo que te han vuelto a enredar en otro negocio camelo.

—No es ningún negocio camelo—protestó su padre—. Es magnífico. La construcción de un pueblecito rodeado de jardín. Ya me han dicho que la «Ciudad Nolan» está casi terminada, pero necesito dinero... Hijo, por favor; no dejes que me la arrebaten esta vez.

B. J. Nolan, para reforzar su súplica, se arrodilló ante su mesa de escritorio, como si su hijo pudiera verle en aquella actitud a través del teléfono.

—Ya sabes lo que mamá encargó en el testamento... ¡Ni más locuras!

—Hijo mío, escucha: fuera de la oficina hay cuatro hombres con citaciones judiciales que esperan que salga de aquí... Hijo mío, atiende... No te pediré nada nunca más... Sé que me he equivocado muchas veces, pero esto es algo distinto... ¡Es algo tan formidable!

—No, padre... Ahora quiero conservar el poco dinero que le queda a la familia... Regresaré mañana.

La conversación telefónica daba a su fin. Ni Nolan padre conseguía

convencer a su hijo, ni éste, aunque escuchaba a su padre, tenía la menor idea de invertir otros cien mil dólares en una empresa fantástica cuyos resultados eran previsibles.

Mientras la larga conversación se iba desarrollando, los agentes ejecutivos discutían la situación sentados en el antedespacho del «gran» hombre de negocios.

—Temo que el señor Nolan se haya marchado—decía uno de ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—No es la primera vez que le traigo papelitos a B. J. Nolan—repuso el entendido. Y para demostrar que sabía cómo se tenían que tratar los asuntos en aquella casa, sacó de una cartera un termo y un bocadillo, que se dispuso a comer tranquilamente.

—Me he traído el almuerzo—añadió al ver que los otros acreedores le miraban sorprendidos.

Otra persona, en aquel interrogatorio, se proponía visitar también a mister Nolan, pero seguramente con distinto propósito ya que su petición no podía ser de dinero, propiamente dicho. En el pasillo del piso estaba ensayando lo que tenía que decirle en cuanto se enfrentase con mister Nolan.

—Señor Nolan, traigo esto para usted... Léala—decía una deliciosa jovencita rubia, de ojos profunda-

mente azules y ademán avisado—. No; demasiado brusco. No debo entrar así. ¿Cómo está, señor Nolan? Muchísimo gusto en conocerle, señor Nolan... ¿Me concede dos minutos de su precioso tiempo?

Mientras la joven ensayaba su papel se paró ante la puerta del ascensor en el mismo momento en que éste llegó hasta el piso y el botones abrió la puerta, creyendo que lo estaba esperando.

—¿Abajo?—preguntó.

—No.

—¿Arriba?

—No.

El hombre del ascensor se encogió de hombros, cerrando la puerta y diciendo:

—Pues no puede ir hacia los lados.

La joven, fija en su idea, cuando el ascensor se marchó exclamó:

—Pero, señor Nolan... quería decirle a usted...

Sus palabras fueron oídas por los hombres que esperaban la salida del padre de Kenneth, y creyendo que verdaderamente se había ido hacia los pisos superiores en el ascensor, salieron disparados hacia arriba por las escaleras, mientras ella entraba en el despacho en el momento en que Nolan salía para dar una excusa a los que le aguardaban.

La joven siguió hablando y el fi-

nal de su frase se la dijo al propio interesado, casi sin darse cuenta.

—Bueno, aquí me tiene, señor Nolan... ¡Pero si está aquí!—dijo al darse cuenta de que lo tenía ante sí—. ¡Aquí me tiene, señor Nolan!

—Está bien—repuso éste—. ¡Démela!

—¿Qué? ¡Ah! Tenga.

Y le entregó la carta que llevaba, extrañada de que supiera que llevaba algo para él, aunque en realidad lo que esperaba Nolan era una factura o una citación.

—¿Una carta? —murmuró, haciendo ademán de abrirla.

—Sí, señor. Pero léala.

Nolan obedeció y leyó en voz alta:

—«Tengo el gusto de presentarle a usted, por medio de esta carta, a un joven arquitecto de grandes aptitudes artísticas y gran porvenir, al que le recomiendo para su proyectada «Ciudad Nolan». Le saluda muy atentamente, su incondicional V. Travers». ¿Quién es V. Travers?

—Yo misma, señor. La V quiere decir Virginia.

—¿Quién es ese admirable arquitecto?

—Soy yo también—repuso la joven.

Sin duda alguna había tramado una combinación un poco rara para conseguir entrar al servicio de No-

lan. Lo que debía ignorar la pobre Virginia es que su deseado patrón no tenía un dólar, en lo cual tenían cierto punto de contacto, ya que ella no tenía un centavo.

—No hay empleos vacantes—dijo él, malhumorado.

—Ya sé lo que piensa. Que soy una mujer... Sí, señor Nolan, pero tengo el valor de un hombre, la inspiración de un hombre y el empuje de un hombre.

Mientras Virginia iba hablando, seguía a Nolan, que se metía hacia su despacho.

—No me empuje a mí.

Pero ella no hacía caso y seguía con su discurso.

—Durante siete años he estudiado igual que un hombre, he trabajado igual que un hombre. Tengo el cerebro de un hombre... Hace siete años rehusé casarme con un hombre simpatiquísimo, de gran posición, y preferí dedicarme a mi carrera... Le planté en la iglesia, para llegar a ser arquitecto. Y hoy soy un arquitecto, y él no existe... Aquí me tiene, al servicio de la «Ciudad Nolan»... He encontrado un medio de que los dos nos hagamos ricos... «Ciudad Nolan» me necesita. Usted ganará una fortuna—y enseñándole su mano cerrada—añadió con firmeza—: ¡Pero si en esta mano tengo millones de dólares!...

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

Dichas estas palabras, Virginia cayó al suelo desvanecida, lo que sorprendió al bueno de Nolan, que no sabía qué hacer. Decidió llamar a un médico, pero al pasar ante la muchacha, le abrió la mano en que había dicho que tenía millones de dólares y, ¡claro!, no encontró nada. Descolgó el teléfono y llamó a la centralita.

—Diga... Que venga un doctor... Esta niña loca se ha desmayado.

Momentos después acudió el doctor y con la ayuda de Nolan colocó a la joven en un diván. Tras breve reconocimiento se dió cuenta de lo que le faltaba a Virginia: comida.

—Se trata de un caso de mala nutrición... Dale algún alimento... No ha comido desde hace cuarenta y ocho horas.

—Cincuenta—murmuró ella con voz débil, abriendo levemente los ojos.

Cuando el doctor se hubo marchado, Nolan buscó por todas partes algo que darle a Virginia, encontrando el termo que dejara el agente judicial; y tuvo suerte, porque estaba casi lleno de sopa.

Ella comió con avidez y cuando hubo repuesto un poco su inactivo estómago, exclamó:

—Lo siento, señor Nolan. He fracasado en mi empeño.

—Tome más sopa—contestó él,

ofreciéndole el termo por segunda vez.

—Gracias... ¿Guarda usted ahí la sopa siempre para las personas como yo?

—Lleno eso cada día... Pero es la primera vez que lo he llenado de sopa—repuso Nolan, por contestar algo.

—Vaya! Ya me encuentro mucho mejor—dijo ella, levantándose del diván.

—No se precipite... Ya oyó lo que dijo el doctor.

—Nada de alimentos sólidos, de momento.

—Y váyase a casa. ¿Dónde vive?

B. J. Nolan estaba ya harto de aquella jovencita. Tenía otros problemas que resolver, motivados por la negativa de su hijo de entregarle el dinero, y no estaba para conversaciones con niñas tontas.

—Verá... es que no tengo casa por ahora —contestó la joven—, pues me he retrasado en el pago del alquiler... ¿Si pudiera darme un anticipo del sueldo?

—¿Qué sueldo?

—Usted perdone. Es verdad. Lo siento... Pero este fideo no lo dejo —repuso la joven, comiendo un largo fideo que salía del termo.

—Termínese el fideo y vamos a casa.

El viejo Nolan había tenido uno de sus arranques. Vió que la joven estaba desamparada y decidió llevarse a su casa; no sabía a ciencia cierta si podría ayudarla, o bien si entre los dos podrían salir a flote. Se daba cuenta de que se trataba de una muchacha resuelta y con no estosos dotes. Tal vez fuera verdad

también que era arquitecto y a lo mejor podía sacarle de aquel atolladero.

Optimista como siempre, cogió un taxi y le dió la dirección de su domicilio.

Segundos después, el coche rodaba por las calles de Nueva York, en dirección a la casa de los Nolan.

VIRGINIA SE HACE SECRETARIA

EL taxi en que viajaban Nolan y Virginia se paró ante la señorial mansión del primero. Era un edificio de sobria construcción, pero de líneas elegantes. No le faltaban comodidades y al primer golpe de vista se adivinaba que los que residían en ella tenían que ser gente de posición.

Nolan bajó del coche, seguido de Virginia, y mientras ella se dirigía hacia la puerta, el dueño de la casa preguntó al chofer:

—¿Cuánto es?

—Siempre lo mismo, señor Nolan: cuarenta y cinco centavos.

—Anótelos en mi cuenta.

—Si no llega al dólar, hay que pagarlo al contado—replicó el cho-

fer, mientras Nolan abría ya la puerta de su casa.

—Pues anote un dólar en mi cuenta—repuso él, molesto, y dirigiendo a Virginia le ofreció entrar.

La joven entró y recorrió con la mirada el vestíbulo y salón que se presentaban ante sus ojos. Todos los muebles estaban enfundados, lo que parecía denotar que la casa estaba deshabitada.

—¿No está la servidumbre?... ¿No hay nadie?—inquirió, extrañada. Y sin dejar de hablar, empezó a golpear las paredes y examinar los escalones, como si se tratase de un verdadero técnico.

—Buena construcción... No está mal...

Nolan la miraba con expectación,

y ella trató de disculpar su pasión por la arquitectura.

—Usted perdonará...

—¡Siempre el arquitecto! —rezongó él mientras quitaba algunas de las fundas de los muebles y se acercaba hacia la chimenea. Ella le siguió explicando sus proyectos.

—No le extraña. Tengo afición por mi carrera...

Tiró el bolso sobre una silla y sacando un rollo de papel, en el que había dibujados varios proyectos de casas, se los fué mostrando a Nolan, que se iba entusiasmando ante los acertados bocetos de Virginia.

—Vea usted las casas que he dibujado para construir en la «Ciudad Nolan». Aquí tiene... Cinco habitaciones... Esta otra, siete... Dos baños.

—¡Es fantástico!

—Sí: con mis planes y sus millones, señor Nolan, haremos que su sueño se convierta en realidad.

La joven creía de buena fe que se hallaba ante un millonario y estaba convencida de que había logrado captarse la voluntad del viejo; e, idealista, veía ya en sueños la realización de la Ciudad Jardín. Pero Nolan quiso desengañarla de una vez: le sabía mal que la muchacha se hiciese ilusiones que al final no iban a ser ciertas.

—Síntese... ¿Se siente fuerte para resistir el golpe?

Virginia se sentó y afirmó con un movimiento de cabeza.

—La «Ciudad Nolan» no llegará a construirse.

—¿Qué!

—Estoy arruinado.

—¿Se arruinó?

—Por completo... Ahora debo excusarme yo, porque todo es mentira—repuso el viejo con acento lastimero y creyéndose obligado a dar una explicación.

—Pero ¿nadie puede prestarle?... ¿Es mucho lo que necesita?

—Sólo cien mil dólares.

—Pues... no tiene que darse por vencido—contestó la joven con menos convencimiento de lo que querían demostrar sus palabras.

—¡«Ciudad Nolan»! —clamó él por toda contestación— Creo que debería llamarse la ciudad «bluff».

Virginia se levantó de la silla y se puso a mirar los cuadrillos que figuraban en distintos lugares del saloncito. Le llamó la atención la foto de un niño de corta edad.

—¿Quién es?—preguntó.

—Mi hijo Kenneth.

La joven siguió mirando y se paró ante el retrato de un jovencito.

—¿Otro hijo?

—No, el mismo a los dos años. Virginia había observado que el

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

jovencito tenía un libro en la mano, y un poco más arriba vió al joven vestido con el uniforme típico de los licenciados.

—Debe ser un buen lector—comentó—. Ya veo que ha terminado el libro.

—Sí. Ahora tiene un libro de cheques.

Aquellas palabras evocaron recuerdos en Virginia y se puso a explicar algo de su vida.

—Yo también tuve un libro de cheques... Un día, mi padre volvió a casa y dijo: «Virginia, estoy completamente arruinado»... Sé lo que sentirá su hijo cuando usted le diga la verdad. No olvidaré nunca nuestros disgustos, nunca...

—Mi hijo Kenneth tiene un millón de dólares en su cuenta corriente—le interrumpió Nolan. Pero de ello, de momento, no se dió cuenta y siguió explicando sus desventuras.

—Vendimos la casa y... ¿Qué?... ¿Cómo? ¿Un millón de dólares?

La reacción de la miseria a la riqueza hizo mella en el ánimo de la joven, al parecer muy propensa a los desvanecimientos, pues no bien hubo pronunciado la palabra dólares, volvió a caer.

—¿Otra vez?—exclamó el viejo, tratando de atenderla y ya un poco

mosca—. ¡Despierte, despierte!... Pero ¿qué le ocurre?

No tardó en reaccionar y se incorporó de nuevo.

—Ya me encuentro mejor... Pero se me ocurren unas ideas tan particulares...

—No se mueva. Supongo que encontraré algo que comer. ¿Por qué no descansa un poco?

—Ahora estoy bien—repuso la joven, levantándose y acompañando al viejo a la cocina mientras se puso a preparar unas tostadas con mantequilla.

—¿Por qué no se arregla con ese dinero?—inquirió ella.

—No olvide usted que ya no soy el gran B. J. Nolan de antes.

—¿Por qué se niega su hijo a darle el dinero o a prestárselo?

—No quiere.

—¿Por qué?—Y era el tercer «por qué» en pocos segundos.

—¡No quiere ni oír hablar de ello!

—Pues... si su hijo no le presta el dinero, no espere que se lo preste nadie—sentenció Virginia.

—Tiene usted razón.

—¿Pero por qué no quiere?

—Me está usted poniendo en un gran compromiso, V. Travers.

—¿Por qué?

—Mi hijo es un hombre muy me-

tódico y ahorrador que sabe apreciar el valor de su dinero.

—¿Y dónde está ahora?

—Mañana llega de Europa.

—¿Con su mujer?—siguió preguntando ella con doble intención esta vez.

—No. Ya le he dicho que es muy moderado.

—Tendremos que trabajarle un poco.

—¿Qué?—inquirió Nolan, como si no hubiera comprendido. La muchacha le estaba resultando muy desconcertante, pero veía en ella un don especial de energía y persuasión que podía serle muy útil en sus presentes y futuros negocios.

—¡Claro! Le haremos pasar por el aro y que nos entregue el dinero—acató la joven, haciendo una mueca con la boca.

—¿Qué le pasa en la boca?

—Hum!

—Mírese al espejo.

—¡Ah! No es necesario—repuso ella—. Es una costumbre que adquirí cuando estaba empleada en el Casino del Teatro... Casi todos los clientes eran gangsters y pelicuferos y llegaron a ponerme tan nerviosa que me quedé con la boca así—y dióle a demostrar nuevamente a Nolan el gesto característico—. Y lo peor era que el gerente del Casino hablaba siempre con la boca a la in-

versa. Judy y yo al poco tiempo de estar en aquel teatro, hablábamos con la boca del otro modo... Un día, el gerente nos dijo: «¿Qué hacen ustedes? ¿Se están burlando de mí?». Y Judy dijo: «No, señor Shelford, estamos hablando». Y él dijo: «Quedan despedidas. Despedidas las dos». En aquel momento llegó Hunk, el portero del teatro que estudiaba para ingeniero. Se disgustó; le pegó al señor Shelford y nos quedamos sin empleo... Y desde entonces me quedó la costumbre de hablar con la boca torcida.

—Sí, entiendo—dijo Nolan por decir algo.

—A pesar de todo, fué un día de suerte, porque Judy y Hunk decidieron de una vez casarse, y pensando en su nuevo hogar me trajeron a casa unos prospectos que repartían de la futura «Ciudad Nolan».

—El proyecto de la «Ciudad Nolan» ha tropezado con un hueso—comentó tristemente el ex millonario.

—¿Cómo se atreve a decir que su simpático hijo es un hueso, cuando le hará un préstamo de cien mil dólares?

—¿Ah, sí?—inquirió él, incrédulo completamente.

Virginia aseveró seriamente que sí, lo que hacía pensar que se había

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

propuesto ya algún plan como el de su presentación.

—Espero a que Kenneth vea en qué estado se encuentra la casa y que todos los criados se han ido porque no pude pagarles sus sueldos —explicó él.

—¿Está sin servidumbre?

El no obtener respuesta fue señal de asentimiento, pero inmediatamente surgió la idea luminosa.

—Verá. ¿Dónde está el teléfono?

—preguntó, buscando el aparato.

—Espere, espere un momento...

—gritó Nolan, al ver que se acercaba para comunicar—. No sé a quién va a llamar, pero yo no puedo pagar a nadie.

—Hunk y Judy trabajarán sin cobrar. Pasarán aquí su luna de miel y probablemente se lo agradecerán... Ya verá... 5, 9, 7, 3, 0, 0... ¡Qué fantástico!

—Deje el teléfono, señorita—pidió él, no muy convencido de sus propias palabras—. Va usted demasiado lejos.

—Verá qué simpáticos son.

—Déjelo—insistió el viejo Nolan—. Piense que estoy arruinado; que usted necesita alimentarse y se desmaya a cada momento.

—Me desmayaré si no me deja telefonar.

—La pondré sobre mis rodillas y le daré unos cuantos azotes—repu-

so el dueño de la casa con escasa firmeza.

—Pero, señor Nolan!... ¡No es usted el B. J. Nolan con quien esperaba trabajar! ¡El hombre de acero, que aun sufriendo grandes contrariedades nunca se da por vencido... No... Es usted un asustadizo.

El epíteto revolucionó a Nolan, que se creía un hombre fuerte; precisamente el hombre de hierro a que aludía Virginia.

—No soy un asustadizo —protestó.

—Si lo es. Es un asustadizo, un ratón.

—¡Que!—rezongó él, viendo que le aplicaba el calificativo de cobarde que se usa entre los indios americanos—. ¿Yo un ratón?

—Sí. Un hombre en extremo cobarde que se ahoga en un vaso de agua.

—¿Sí? Pues usted es una salmón.

—¿Yo una salmón?

—Sí; una salmón tonta, que va siempre contra la corriente.

La joven rió gustosa, pero estaba segura de que convencería a Nolan de que su plan era lo mejor.

—¿No le soy simpática, verdad? Usted a mí sí. ¿Qué perderemos con telefonar?

—Creo que nada—concedió Nolan padre.

—Eso está mejor. Cálmese y retire lo de ratón.

Virginia llamó al número que antes recordara y no tardaron en ponerse al aparato los que deseaba. Hunk cogió el auricular y se puso al habla mientras comentaba con su esposa:

—Tal vez es un empleo... ¿Diga?

—Aquí Virginia... Trae mi maleta del cuarto de equipajes y venid al 549 de la calle 56, y pasaréis vuestra luna de miel en un palacio.

—Está bien—repuso Hunk, un hombre fuerte y robusto y con rostro de pocos amigos—. Vamos en seguida hacia ahí.

El antiguo portero del teatro estaba contento porque creía haber encontrado un buen empleo, y así lo celebró con su mujer. Mientras tanto, Virginia seguía con su plan y había tomado la dirección del asunto; B. J. Nolan obedecía ya sin vacilaciones lo que le ordenaba su «empleada».

—¡Vamos, B. J.!—decía ella—. Tenemos mucho trabajo... Es preciso arreglar un poco todo esto para cuando llegue su hijo... Ayúdeme a quitar esas fundas.

Iban trabajando sin dejar de hablar, y Nolan no estaba todavía muy seguro de lo que iban a hacer.

—Escuche, Virginia, no quisiera ser un ratón, pero ¿a quién cree que

va a engañar?... Mi hijo sabe que estoy arruinado... Lo notará en cuanto me vea. No es tan tonto, a pesar de ser mi hijo.

—Pero es que no le verá a usted, sino a mí—repuso ella tranquilamente y revelando ya su plan.

—¿Cómo?

—No se preocupe, B. J.

—Y yo, ¿dónde estaré?

—En Chicago, arreglando un negocio importante, aunque en realidad estará aquí escondido.

—¿Y piensa que mi hijo lo creerá?

—Como él no va a prestarle el dinero, puesto que sabe que lo necesita, debe usted hacerle creer que no lo quiere... Si fuera una mujer, sabría lo que es eso.

—Cree que tenía usted un cerebro varonil—repuso él con sorna, aludiendo a su presentación.

—Pero pienso como una mujer cuando es necesario... B. J. a mi alcance el empleo que he soñado durante tantos años... Lo único que nos sale al paso es ese joven tan precavido... Pero ¿qué perdemos?

Definitivamente, B. J., como le llamaba Virginia, estaba ya convencido. En realidad, no teniendo nada, nada exponía.

—De acuerdo—exclamó—. Hay que ganarle la partida.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

Poco después llegaron Hunk y Judy dispuestos a ocupar su plaza en la casa. Hunk iba a ser mayordomo y Judy la doncella. Claro está que faltaba la cocinera y algún que otro empleado, pero lo más visible estaba cubierto.

Judy llevaba puesto su uniforme del teatro y Hunk se había vestido igualmente de uniforme, con lo que tenían un aspecto algo raro, pero que podían pasar como auténticos criados en casa de algún personaje algo raro en sus gustos.

KENNETH LLEGA A CASA

AL día siguiente, el barco que llevaba a Kenneth y a sus dos amigos atracó en su puerto de destino, e inmediatamente cogieron un taxi en dirección a la calle 56, donde tenía su regia morada. Nina y Henry iban encantados; para ellos, el obtener entrada en la casa del millonario era un gran paso para el logro de sus fines. No esperaban el recibimiento que les iban a hacer, ni las consecuencias que se producirían a raíz de la entrada de Virginia en la casa.

La joven secretario de B. J., con éste y los dos pseudo criados, estaban observando tras la ventana la llegada del primogénito de la casa. Nolan padre fué quien primero se

dió cuenta de que su hijo no llegaba solo.

—Viene acompañado. ¡Mucha suerte!

La deseaba a los demás y se la deseaba a él mismo. Su situación iba a convertirse en muy rara desde aquellos momentos, ya que viviría en la casa, de hecho, pero aparentemente estaría en Chicago.

Virginia ordenó al «mayordomo»:

—Hunk, la puerta.

—Y yo, ¿qué hago?—preguntó Judy desconcertada como siempre.

—Ponte tu delantal y espera quieta al pie de la escalera.

Mientras tanto, Hunk estudiaba su papel:

—Bienvenido a su casa, señor Nolan; bienvenido.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

Virginia evitó que cometiese una plancha enorme. El bueno y atlético de Hunk se había olvidado de quitarse las chapas del teatro, que llevaba cosidas en las solapas de su chaqueta.

—Pero, Hunk, no puedes ir con esas chapas... ¿Tienes un cuchillo?

La joven se entretuvo en quitar las chapas con el cuchillo que le facilitara el mayordomo, y Nolan padre estaba impaciente, porque nadie iba a abrir la puerta y su hijo adoptaria alguna actitud que iba a dar al traste sus proyectos.

—Alguien tiene que ir a abrir la puerta—clamaba—, pero en seguida. Pero ¿qué hacéis? ¡Dad prisa!

—Ve tú, Judy—ordenó Virginia, viendo que la tarea de quitar las chapas era mucho más laboriosa de lo que suponía.

—Yo tengo miedo—repuso la aludida—; nunca he hecho de doncella.

—Pero eras acomodadora en el teatro, ¿no? Pues es lo mismo. Hazles pasar.

—A oscuras es muy diferente. Aquí estoy asustada.

—¿Que vaya alguien a abrir la puerta!—chilló Nolan al oír de nuevo la llamada de su hijo, que ya empezaba a impacientarse.

—Está muy asustada—explicó Hunk con las chapas a medio qui-

tar—. Tal vez si le diera una linterna...

—No la necesita.

—Necesito una copa de coñac.

Nolan insistió por tercera vez. Y Virginia dijo:

—Irà Hunk en cuagto le quite los rastros del teatro de la solapa... Recuerde, B. J., que está usted en Chicago...

Nolan se dirigió hacia las habitaciones interiores, recogiendo antes una carta que le entregó Virginia, para justificar su estancia en la casa.

Finalmente Hunk se fué a abrir, en medio de general expectación. Los que afuera esperaban estaban ya a punto de marcharse en vista de que nadie respondía a sus repetidas llamadas. Quien menos sorprendido estaba era Kennetth, que previa alguna desagradable consecuencia por los descabellados negocios de su padre.

—¿Acaso llamaba?—preguntó Hunk, después de franquearles la puerta.

—Pero ¿dónde está Hawkins?—dijo Kennetth por toda contestación. Le extrañaba la presencia de un desconocido en el lugar de su fiel mayordomo.

—Bienvenido a su casa, señor Nolan; bienvenido.

—¿Quién es usted?

—Pues Hunk.

—No le conozco. ¿Dónde está mi padre?—inquirió el joven, entrando en la casa, seguido de sus dos invitados.

—Será mejor que hable con la señorita Travers.

—¿Quién es?

—Está ahí dentro.

—Esto es muy extraño—comentó Kenneth.

—¿No ocurrirá nada, Kenneth? preguntó Nina.

Henry intervino teatralmente, aunque nadie hizo mucho caso de sus palabras:

—Yo te protegeré, Nina. ¿verdad, Kenneth?

—¡Oh, no se preocupe!—intervino diciendo Hunk.

Kenneth entró en el vestíbulo, preocupado por la ausencia de las personas habituales en la casa: su padre, Hawkins, María... Nina comentaba las suntuosidades de aquella mansión, mientras Henry se adelantaba a saludar a Virginia, que salía en aquellos momentos. La joven, viendo que Henry llevaba lentes, al igual que Kenneth en su última fotografía, le tomó por el hijo de Nolan.

—¿Cómo está usted, señor Nolan?—dijo, tendiéndole la mano.

—Mademoiselle, encantado de conocerla... Pero yo no soy él...

Quiero decir que Kenneth no soy yo.

El aludido se adelantó dispuesto a poner los puntos sobre las íes.

—Perdone—dijo—. Yo soy Kenneth Nolan.

—¿Que es usted?—inquirió la joven, sorprendida y alborozada—. Pero si no lleva usted lentes... ¡Puede asegurar que está mejor sin ellos!

—¿Usted cree?

Nina se creyó obligada a intervenir, ya que su figura quedaba relegada a segundo plano. No pensaba ella que Virginia había caído tan mal en el ánimo de Kenneth, como verdaderamente había sido.

—Soy Nina Hennyson. Y éste es mi hermano Henry.

Virginia les saludó brevemente y dirigiéndose en especial a Kenneth, trató de explicar su presencia en la casa.

—Le sorprenderá la alteración que ha encontrado aquí... Perdone. Yo soy Virginia Travers, una amiga de su padre.

Kenneth no ocultaba la sorpresa que le causaba la presencia de tanto desconocido. Su actitud no pasó desapercibida a Virginia, que no supo cómo enfocar el asunto.

—Sí... Su padre no nos dijo... Nosotros no sabíamos...

—Sí, es una sorpresa. Ni Hawkins, ni María, ni mi padre...

QUIEN CONQUISTA, ES LA MUJER

—Luego le explicaré lo sucedido —dijo la joven, y volviéndose hacia el mayordomo, le ordenó—: Hunk, ¿quiere usted ocuparse de las maletas? Supongo que sus invitados se hallarán cansados después de tan largo viaje... Judy, el señor Henry en la habitación azul y la señorita Tennyson en la verde. Ya sabes dónde están...

Judy se armó un lío e hizo una seña a los dos invitados, a cuya ecititud sólo faltaba una linterna, para

dar la sensación que se hallaba en el pasillo del teatro.

—Es nueva en la casa—explicó Virginia.

—Ya se ve—dijo Kenneth.

—¿Qué es lo que ha dicho usted? —preguntó Judy con cierta insolencia que no acertaba a explicarse Kenneth en un criado.

De nuevo fué Virginia quien salvó la situación, mientras Judy acompañaba a los invitados hacia el piso superior.

FRENTE A FRENTE

EL hijo de Nolan y la arquitecto quedaron frente a frente. Entre ella y él se iba a entablar un pugilato de indudable interés.

—Siéntese, señorita Travers— dijo él, dispuesto a aclarar las cosas a la mayor brevedad. Ella obedeció y le contestó:

—No es extraño que se halle un poco confuso... Ya sé que es para desorientar a cualquiera. También yo estoy confusa... ¿Es usted tan distinto a como parecía ser en esos horribles retratos!

La palabrería de Virginia, en la que se revelaba acusada galantería, no hizo mella en Kenneth que, fijo en su idea, preguntó:

—¿Dónde está mi padre?

—En Chicago.

—¿En Chicago? Pero ¿dónde?

—Pues no lo sé... Fué a ultimar un gran negocio.

—¿Dónde está Hawkins?

Kenneth preguntaba como si se tratara de un funcionario de la policía, y Virginia, aun sintiéndose algo acorralada, contestaba lo mejor que podía.

—Me parece que su padre le despidió porque distrajo algo.

—¿Ah, sí? ¿Y María?

—Fué al pueblo, a visitar a sus padres.

—¿Y Ana?

—¿Quién? — preguntó ella, que desconocía la existencia de otra mujer.

—Ana, la cocinera,

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

—Me parece que su padre dijo que se fué porque iba a tener un bebé.

—Ya — repuso Kenneth, comprendiendo que le estaban tomando el pelo—. Ana tiene más de ochenta años.

—No dudo que su padre podrá explicárselo todo cuando vuelva.

—¿Y cuándo volverá?

—Eso depende.

—Entendido.

El diálogo entre los dos jóvenes fué interrumpido por la presencia de Hunk, que se dirigió resueltamente hacia Kenneth.

—Oiga, el del taxi quiere la pasta.

—¿Cuánto es?—preguntó él.

—Cuatro dólares sesenta.

—Bien, págueselos.

Pero como fuera que Kenneth no le daba un centavo, y Hunk no tenía la menor idea en qué bolsillo solía poner los suyos, del tiempo que hacía que no cobraba nada, se quedó de pie haciendo señas a Virginia.

—Usted quiere insinuar que el señor Nofan no nos dejó dinero—dijo ella. Kenneth comprendió y se puso la mano en el bolsillo para sacar el dinero pedido. Le parecía muy normal que su padre no tuviera dinero, aunque no se lo parecía tanto la presencia de tres desconocidos en la casa.

—Aquí tiene, que se quede un dólar.

Hunk recogió el dinero y salió a la calle. Kenneth se levantó de su asiento y se dirigió hacia el teléfono, diciendo a Virginia:

—¿Le importa que telefonee?

—Está usted en su casa... ¡no faltaba más!

—Gracias, muchas gracias...

Kenneth descolgó el teléfono y en cuanto se puso al habla con la telefonista, le dijo:

—Póngame con la Jefatura de Policía... He encontrado en mi casa a una mujer que no conozco.

Al oír estas palabras, Virginia se abalanzó sobre el hijo del dueño y le arrebató el teléfono.

—¡No, no!... ¡No haga eso!

—¡Cálese!

Se armó un pugilato entre ellos por la posesión del aparato telefónico y Virginia vió que tenía las de perder, por lo que decidió pedir auxilio:

—¡Hunk! ¡Hunk! Defiéndeme.

El llamado no tardó en acudir. Evidentemente el hombre se hallaba más en su elemento luchando que vistiendo el uniforme de mayordomo, y ante los gritos de Virginia, se abalanzó sobre Kenneth y se entabló una verdadera lucha. Los dos hombres rodaban por el suelo y el

reparto de puñetazos era equitativo. La escena era presenciada por Nolan padre desde el piso superior, y entonces se acordó de la carta, por lo que llamó a Judy y se la entregó.

Mientras tanto, Virginia se había puesto al aparato y trataba de convencer al jefe de policía de que se trataba de una equivocación.

—¿Que ya vienen, dice usted?

La mente de la joven bullía cuando colgó el aparato. El panorama no era para menos, puesto que la policía iba a presentarse de un momento a otro e iba a sorprender la lucha entre el dueño de la casa y el criado de pega. Todos sus planes se iban a rodar, cuando apareció Judy blandiendo la carta.

—Dame eso.

Judy trataba de separar a los dos contendientes y Virginia consiguió poner la carta ante las narices de Kenneth en el momento en que éste, por un azar de la lucha, se encontraba sobre su contrincante, quedando sentado sobre su estómago.

—Es una carta de su padre... Léala... Léala.

En el piso superior, los dos hermanos forasteros se agitaban sorprendidos. Estaban dispuestos ya para ir a la cama cuando la algabía del piso bajo les llamó la atención.

—¿Qué ocurre?—preguntó Henry, blandiendo una espada que descolgó de una panoplia.

—Ve abajo y lo sabrás—repuso Nina.

—Si es un ladrón... le atravesaré—dijo con ademán pomposo.

—Deja esa espada y vete a ver qué ocurre.

Henry tiró la espada dentro de su habitación y bajó escaleras abajo en el momento en que Kenneth leía la carta.

«Querido hijo: Cuida de la señorita Travers, que es una amiga en quien puedes confiar, mientras yo estoy en Chicago trabajando... Despedi a la servidumbre; Hunk y Judy son de confianza. Volveré pronto. Abrazos de tu padre.»

—¿Por qué no me dió a leer esta carta en cuanto llegué?—preguntó a la joven al terminar la carta.

—Lo hubiera hecho si hubiese podido—contestó ella, con evidente descanso en su ánimo, pues veía que las cosas se estaban aclarando por momento.

—¿Está usted descansando, Kenneth?—preguntó Henry al ver que su amigo estaba sentado sobre el paciente Hunk.

—No.

—Claro que no—añadió Virginia.

—No pasa nada—dijo Judy.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

El «nada» que contestó Henry quedó ahogado por el zumbido de la sirena del coche de la policía, que se acercaba hacia la casa.

—¡La poli!—gritó Judy.

—Señor Nolan — dijo Virginia mientras Kenneth se levantaba—. supongo que deberá usted darles una explicación.

Y en efecto, Kenneth acudió a abrir la puerta y se enfrentó con los agentes.

—¿Qué tal, señor Nolan?—dijo uno de los policías—. ¿Qué le pasa?

—No pasa nada. Es que... acabo de llegar de Europa.

—¿Y nos llamó para decírnoslo?—inquirió el segundo agente, que por lo visto no conocía al joven.

—No. Encontré aquí a una mujer que no había visto nunca, pero... ahora ya sé quién es.

—¿Una mujer que no conoce?

—Amiga de mi padre.

—¡Ah! Entendido.

Los dos policías se marcharon murmurando ininteligibles palabras y tal vez maldiciendo el viajecito inútil que les hicieron dar.

Kenneth regresó al saloncito, donde se hallaban los tres inesperados inquilinos y Henry. Se creyó en el deber de justificar su actitud de sospecha y se hallaba un tanto confuso.

—Quiero excusarme ante todos. Siento mucho lo ocurrido... Espero que todo continuará como si nada hubiese pasado.

—Claro—dijo Judy. Luego se volvió hacia su marido y añadió—: No le guardes rencor.

—Está bien — aceptó Hunk, y dando la mano a Kenneth, dijo—: Chóquela, amigo... No más peleas, ¿eh?

Kenneth le dió la mano, pero un tanto desconcertado ante la forma de comportarse de sus nuevos criados, ya que estaba acostumbrado a tener a su servicio a hombres y mujeres con otra clase de modales.

Hunk y Judy se marcharon hacia sus habitaciones. Henry se despidió también de los dos jóvenes, diciéndole a Kenneth:

—Sí, sí; ha estado muy bien... Sea lo que sea.

Cuando Henry se hubo marchado y ante otra excusa manifestada por Kenneth, Virginia quiso hacerse agradable al hijo del gran hombre de «negocios», enfocando ya su plan de captarlo para que financiase la «Ciudad Nolan».

—Será mejor que lo olvidemos.

—Se lo agradezco mucho. He sido un necio.

—No se preocupe usted por ello. Comprendo que no podía ver clara-

mente la clase de persona que era yo... sin sus gafas.

Virginia, muchacha un tanto extraña en sus cosas, tenía cierta preocupación por saber si verdaderamente Kenneth usaba o no las gafas con que estaba retratado de licenciado.

—Hace muchos años que no uso gafas—explicó él—. Tenía cierto defecto en la vista, pero lo curé con algunos ejercicios... Así...

Y Kenneth hizo girar varias veces sus ojos, ante el asombro de Virginia. Esta, al oír hablar de ejercicio, pensó en la forma cómo había podido vencer a Hunk, que era por demás un hombre fuerte y algo bruto.

—Debió hacer mucho ejercicio, ¿verdad?—inquirió ella, aludiendo a la potencia física.

—¿Qué?

—Quiero decir que no esperaba que fuera usted como es.

—No estará disgustada conmigo.

—No. Usted debiera estar resentido conmigo.

—¿Por qué razón?

—Por la lucha que ha sostenido usted con Hunk.

—Esto no ha sido nada—contestó Kenneth—. Estoy acostumbrado a la lucha grecorromana.

—¡Caramba! Ya se ve que es usted bastante fuerte.

—Regular—dijo con cierto aire de fatuidad.

—Además—replicó ella—, usted abonó el importe del taxi.

Esta conversación se hacía un poco lánguida, pues Virginia no sabía cómo hacerse notar por aquel hombre.

Sin duda alguna, los dos hablaban algo incoherentemente. Sus pensamientos flotaban de un modo extraño y la conversación surgía de un modo maquinal, sin que expresaran lo que en aquellos momentos pasaba por sus almas.

—Pues no lo estoy—decía él, machacando sobre el mismo tema—. Y le agradezco mucho que no lo esté usted conmigo... Sí; me ha gustado siempre conocer a personas que no estén enfadadas conmigo... Y además... si son simpáticas... Y es que...

—Estoy segura de que usted y yo seremos buenos amigos—le interrumpió ella, viendo que iba en camino de no poder acabar lo que se había propuesto decir.

—Claro que sí... Bueno... Hasta la hora de la cena... Bien...

La despedida resultaba difícil. Kenneth no sabía cómo marcharse.

—¿Bien?

—Bien... hasta la hora de la ce-

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

na—pudo decir finalmente él, retirándose hacia sus habitaciones.

Virginia se quedó mirando cómo se marchaba, y de pronto, recordando las últimas palabras de Kenneth, se llevó las manos a la cabeza. El problema que se le presentaba era, a todas luces, insoluble.

—¡Cena!... ¡Dios mío!... ¡La cena!

Pero ya surgiría la solución. Trances peores había pasado, y si no siempre salió con bien, cuando menos no le habían faltado ideas para soslayar situaciones difíciles. Y aquella no era de las peores.

PREPARANDO LA CENA

EN la cocina de la mansión de los Nolan se celebraba una extraña reunión. Los confabulados para sacar cien mil dólares a Kenneth estaban debatiendo la cuestión de la cena, que era preciso preparar para quedar bien ante los recién llegados de Europa. No era cuestión de preparar «cualquier cosa», puesto que, además de que era preciso festejar al primogénito de la casa, habían dos invitados de cierto compromiso. Cuando menos aparentemente.

El viejo Nolan se hallaba con Virginia, Hunk y Judy tratando de encauzar los diversos problemas que se les presentaban. Virginia, con visión más exacta de lo que era pre-

ciso solucionar de un modo inmediato, exclamó:

—El único problema importante es el de la cena. Cena para cuatro. ¿Quién será el cocinero?

—Yo sé hacer sopa de ajo—repuso Hunk—. Déjeme a mí.

Pero Virginia comprendía que ni Hunk ni Judy podían dedicarse a hacer la cena. A ellos les correspondía la misión de servir a la mesa, y como ella misma tenía que asistir a la cena, no quedaba otro posible cocinero que Nolan padre.

—B. J.—le preguntó Virginia—, ¿sabe guisar?

—Sólo en el campo.

—Pues encenderemos un gran fuego con leña en el patio—contestó ella, expeditiva.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

—¿Y qué guisaré? ¿un par de sillas?

Verdaderamente Virginia no pensaba en el problema de las primeras materias; y hasta aquel momento no recordó que en la casa había poco más de un poco de pan y algo de manteguilla.

—¿Quién tiene dinero? — preguntó.

—Tengo dos «pavos» — repuso Hunk.

—¿De dónde los sacaste? — inquirió Judy, que suponía que su marido no tenía un centavo.

—El taxista tenía mucho dinero y no le di propina.

—¿Y usted?—dijo Virginia dirigiéndose a Nolan.

—Tengo diez dólares en mi escondite—repuso el aludido, sacándose un billete de un zapato.

Virginia cogió el dinero y creyó que con doce dólares podía salir adelante con la comida.

—Toma, Hunk. Vete en seguida y trae pan, carne y vino. B. J. guisará, y vosotros serviréis y yo os ayudaré a comer... ¿Qué hay para cenar, B. J.?

—Si sale bien, se llama el «vuelco del pescador»—repuso él, pensando en uno de los pocos platos campestres que sabía cocinar.

La organización empezó inmediatamente. En el patio se montó un gran fuego y Nolan se puso a guisar como si se hallara en pleno campamento. Su aspecto era el de un ranchero en campaña, y hasta la perola que usaba y el cazo parecían sacados de un cuartel.

Hunk iba y venía del patio al comedor y servía a la mesa de un modo un tanto original que denotaba su impaciencia.

A pesar de todo, los invitados y Kenneth parecían comer a gusto. Virginia trataba de apoyar al cocinero con sus comentarios.

—¡Hum! ¡Delicioso!

—Algo poco corriente—comentó Nina, algo amoscada.

—¿Qué es?—preguntó Henry.

—Un plato exquisito. Me gustaría que mi padre estuviera aquí. Le gustaría mucho.

—Pero ¿qué es, Kenneth?

—Se llama «carne de cazador»—contestó el aludido.

—Querrá decir «vuelco de pescador»—corrigió Virginia, segura de lo que decía.

—No. El «vuelco del pescador» está hecho con pató, y esto es ganso.

—¿Cómo sabe que es ganso?—inquirió Virginia, pensando que el engaño iba surtiendo su efecto.

—Porque tiene un gusto parecido al de la liebre... Sí, sí; es ganso. Comeré un poco más.

En esto, a Virginia se le cayó un tenedor. Kenneth, solícito, ordenó a Hunk:

—Hunk, ¿quiere darle otro tenedor a la señorita Travers?

El criado sacó lo que le pedía del bolsillo de su chaleco. Se había puesto los cubiertos allí para tenerlos más a mano. Evidentemente se trataba de un criado algo original. Luego se puso a servir vino y al llegar a Kenneth, éste le dijo:

—No, basta. No quiero más... He dejado de beber vino y licores —comentó con los demás—. No es que no sepa resistirlos... Es que nunca me sientan bien. Me alteran el sentido común, y en estado semejante soy capaz de hacer cualquier tontería, comprar cualquier cosa...

—¿Comprar cualquier cosa?— preguntó Virginia, pensando en la «Ciudad Nolan».

—La última vez que bebí demasiado —siguió explicando Nolan— compré una pista de patinar. No pienso beber más... Lo que quiero es un poco más de carne. Traiga un poco más, Hunk, por favor... Y felicite a la cocinera de mi parte... Es una artista.

Seguramente los vinos habían em-

pezado a subirle a la cabeza de Kenneth, pues de otro modo no se le habría ocurrido ir a felicitar a la cocinera personalmente.

—Se lo diré yo mismo—dijo, levantándose. Pero Virginia se interpuso, pensando que en lugar de la cocinera se iba a encontrar con su propio padre en cocina de campaña.

—¡Oh, no, no! Se lo suplico. No permite que entre nunca nadie en la cocina.

—Entendido. Entonces se lo diré luego. Me imagino que debe tener muy mal humor... Este guisado no lo puede hacer cualquiera.

La cena se terminó pronto, y la reunión se disolvió. Los dos hermanos cambiaban impresiones respecto a la actitud que debían adoptar para con Virginia, la que parecía haberse interpuesto en sus proyectos para con Kenneth.

—Hay que ver cómo le mira—decía Nina—. Yo no confío en ella.

—No digas tonterías.

—Si a Kenneth se le advierte... Es muy posible que también sospeche de ella.

—Muy bien, «ma chérie»; si tú lo crees así, díselo.

—Una mujer no puede prevenir a un hombre contra otra mujer—razonó ella—. Debe hacerse de hom-

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

bre a hombre... Tienes que advertirle tú.

—¡Cómo!—inquirió Henry, como si no hubiera comprendido—. No, no, no; yo no puedo hablar mal de ninguna mujer. ¡De ninguna!

—Se lo advertirás esta noche—le ordenó Nina con severidad, a lo que Henry accedió, dominado por la energía de su hermana—. Ella sólo quiere el dinero de Kenneth.

—¿Y quién no?

THE END OF THE WORLD

KENNETH HABLA DE SU PADRE

DESPUES de la opípara cena, Virginia y Kenneth se quedaron en el saloncito hablando animadamente. La joven hacía como que se quería marchar, a fin de que Kenneth se sintiera un tanto más locuaz y conseguir enfocar el asunto por donde le interesaba.

—No la dejaré marchar hasta que haya visto usted una cosa—decía él.

—Me gustaría hablarle a usted de la «Ciudad Nolano».

—Cambiará de idea en cuanto vea alguna de las locuras de mi señor padre.

—¿Locuras?

—Sí; unos cuantos inventos y negocios en los que mi padre tiró

el dinero, antes de pensar en la «Ciudad Jardín».

Kenneth se acercó a una mesa y de uno de los cajones empezó a sacar cosas y aparatos y se los fué mostrando a Virginia.

—Quiero que vea este invento. Le llamaremos «ejemplar número uno». Un papel que asegura la gran calidad de un producto químico. Exáminelo y tirelo al fuego, por favor.

Virginia obedeció. No vió nada de particular en aquel papel, pero cuando lo tiró al fuego dió un pequeño estallido y se volatilizó. Mientras tanto, Kenneth le enumeraba el dinero que se perdió con aquel inútil invento.

—Costó 25.000. Y 5.000 de un

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER



—Se trata de un caso de mala digestión. Dele algún alimento.

—¿Por qué no me dió esta carta a leer en cuanto llegué?



—Póngame con la Jefa-
tura de Policía?



—No tenemos más que
pan y mantequilla.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER



— Le presento a mi socio,
la señorita Traversa.



En el patio se montó un
gran fuego y Nolan se puso
a guisar.



—Lo siento, Nolan, no
puedo prestarle nada.



—¿Se ha hecho daño?

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER



... Mientras Judy le arreglaba unas arrugas de la falda,



— Si conseguimos que nos firme un cheque de cien mil dólares le daremos el doble en unos meses.



—Hasta he aprendido el
alfabeto al revés...



—Quisiera hablarle de
un asunto muy importante.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER



—Sentada en la silla es-
tará mejor.



—Es otro invento, ¿eh?
nunca lo había visto.



—Y volvió la armonía entre los tres.



—He de confesarle que también le quiero a usted.

proceso; en total, 30.000 dólares.

Luego le enseñó el «ejemplar número 2». Un pequeño aparato que, a simple vista, no se sabía para qué servía y seguramente Kenneth también lo ignoraba. Lo único que le constaba era que su coste era de otros 25.000 dólares.

—Seguiremos con otro invento —dijo Kenneth—. Póngase detrás del escritorio y siéntese. Los cajones de los escritorios acostumbran a abrirse con mucha dificultad, especialmente cuando hay humedad. Presione este botón.

Virginia, sentada tras la mesa de escritorio, pulsó el botón que estaba sobre la mesa. Todos los cajones de la mesa se abrieron repentinamente y la joven por poco sale despedida al suelo. El movimiento que hizo, motivado por la sorpresa, le hizo torcer el cuello y lanzar una exclamación de dolor.

—¿Se ha hecho daño? —dijo él, solícito, acudiendo a su lado—. No se asuste... Menos mal que sé cuál es el ejercicio que necesita.

Kenneth hizo sentar cómodamente a la joven y se dispuso a darle un masaje en el cuello. Mientras tanto, iba hablando de los negocios de su padre.

—Hablando de esos ejemplares, el escritorio automático costó cuarenta mil dólares, que junto con dos

ejemplares más que hay en el desván hicieron un total de 120.000... ¿Empieza usted a darse cuenta?

—Sí, pero estoy bastante intrigada.

—Lo comprendo. Su entusiasmo por la «Ciudad Nolan» me hizo recordar estos ejemplares... Quiero hablarle con franqueza, señorita Travers. Mi padre —que Dios bendiga— es un chiquillo alocado.

—¿De veras está trastornado?

—No he dicho trastornado; sólo he dicho un poco alocado.

—¡Oh!

—Usted perdone. Lamento haberle causado esta desilusión respecto a mi padre. Se lo que usted siente. Me acuerdo de cuando mi madre me lo dijo a mí, y al morir y nombrarme heredero, antes me hizo prometer que no le dejaría gastar nada a mi padre si no era en negocios prácticos y seguros.

—Pero la «Ciudad Nolan» es algo práctico —objetó ella, no queriendo dar su brazo a torcer, aunque comprendía que no le faltaba razón a su interlocutor.

—Por favor, señorita Travers... no debe usted aconsejarme que me arriesgue así... ¿Cuándo volverá mi padre?

—No tardará mucho.

—Espero que no tarde. Mina tie-

ne tantas ganas de verle... ¡Es tan bonita!... ¿no cree?

—Sí, es algo bonita — concedió ella para congraciarse con Kenneth, pero ni un ápice convencida de lo que acababa de aseverar.

—¡Y tan razonable! — continuó diciéndolo el joven—. Es lo que necesito: gente razonable a mi lado; porque le confieso que a veces temo ser igual que mi padre y aun peor. Y entonces no volvería a ser razonable.

Mientras así hablaban, comparció Nina, que todavía no se había acostado. La presencia de la hermana de Henry rompió el encanto de aquella conversación y Virginia se despidió.

—Siento lo de la «Ciudad Nolan» y lo de su cuello—dijo él a modo de despedida.

—No me duele ya el cuello... gracias a usted.

Nina se quedó con Kenneth con el propósito de captarle para sí, en contra de la intromisión de Virginia.

Pero ésta no iba a acostarse todavía. Le quedaba mucha tarea que realizar y se fué en busca del viejo Nolan, al que encontró frente a una mesa y accionando un aparato, que escribiendo con una pluma, otras cuatro escribían lo mismo en otros tantos papeles distintos. La utilidad

para que se hizo era para firmar los cheques de cinco en cinco, pero a la práctica resultó un rotundo fracaso.

—¿Qué es ese aparato?—preguntó Virginia.

—Un «escritógrafo» — contestó Nolan—. Firma cinco cheques a la vez. Acabo de firmar cinco millones de dólares de un solo plumazo.

—¿Y cuánto perdió con eso?

—Sólo ochocientos... ¿Le ha hablado Kenneth de mí?

—¡Ya lo creo! Y tiene razón... Es afrentoso que trate de arrojarse a su hijo. Debiera avergonzarse.

El viejo Nolan estaba verdaderamente avergonzado, y para desquitarse, elogió el vestido que llevaba la joven, que se había hecho con unas cortinas que encontró en el piso superior.

—¿Dónde consiguió ese vestido?

—Déjese de vestidos. No es ésta la ocasión de hablar de ellos. Y no cambie la conversación.

—¿Qué le ha pasado a usted? Ayer estaba a mi lado y hoy detiene a mi hijo.

—Porque creo lo merece. Ahora he comprendido algunas cosas. Lo lamento, pero no puedo ayudarlo a que le arrebató su dinero—dijo la joven. Ésta se había sentido atraída por la simpatía y llaneza de Kenneth Nolan y creía de por sí todo cuanto él le dijera respecto a su padre.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

—¿Su dinero? ¿Y quién cree usted que se lo dió?

—Pues su madre.

—Y a ella, ¿quién se lo dió?

—Eso no lo sé.

—Pues yo se lo diré: ¡yo mismo! No siempre he sido un hombre débil. El le ha hablado del dinero que he gastado, pero ¿le habló de lo mucho que gané?

—¿Qué ganó usted?

—Gané un millón en Florida y mi esposa guardó medio millón para «un día nublado»... Después, otro millón en Oklahoma, y mi esposa guardó otro medio millón para otro «día lluvioso»... ¡Dos millones de dólares! Y ahora, cuando llueve de veras, mi hijo tiene el único para-guas.

Nolan estaba embalado explicando su historia financiera y culminó preguntándole:

—Oiga, Virginia, dirá usted que la «Ciudad Nolan» es una locura.

—No.

—Donde hay vecinos histéricos y apolotonados, procurar que los niños jueguen en el campo, y no en calles sucias, estrechas... ¡Sol, aire puro, familias felices... ¿Es eso una locura?

—No, pues claro que no. Su proyecto es digno de elogio y tengo fe en él.

—Pues entonces...

—Pero también comprendo la idea de Kenneth... El teme ser como usted.

—Escuche, Virginia: ¿usted cree que es justo que Kenneth sea tan temeroso y no se atreva a hacer nada por sí mismo? ¿Qué será en la vida? Sólo será un joven viejo, que se levantará todos los días a las siete y se acostará a las diez. Cada tarde dará un paseo por el Parque... Muchos contemplarán su reloj al verle pasear y dirán: «Ahí va Kenneth Nolan; deben ser las tres de la tarde». ¿No se da cuenta de lo que quiero evitarle? Y después, ¿qué le pasará a este chico? Terminará casándose con una muñeca metódica y razonable. Una niña tonta que procurará que continúe así. Eso es lo que le ocurrirá. ¿Y es lo que usted desea?

Virginia, después de oír el discurso de Nolan, reaccionó como éste se proponía.

—No, pues claro que no... No es eso lo que quiero.

—Se lo suplico, Virginia: sálvela contra sí mismo... Si consigue usted interesarle en la «Ciudad Nolan», será un hombre distinto; tendrá sus ideas, se divertirá. Le gustarán gentes diferentes; hasta le gustaré yo... Y probablemente se enamorará de usted. ¡Virginia! ¡Vamos a salvar a Kenneth Nolan!

A Virginia le convencieron las palabras de Nolan padre. Principalmente cuando hizo mención a que podía enamorarse de ella. Hasta el momento no había pensado en aquella posibilidad, pero al oír lo que decía el viejo, comprendió que aquello era lo que bailaba por su mente desde que conoció al joven, pero no se lo había revelado a sí misma. No obstante, aun quiso expresar sus dudas; no quería ponerse abiertamente a favor ni en contra de ningún de los Nolan. Iba en busca de lo que fuera mejor para los dos... y para ella misma.

—Pero ¿cree usted que la «Ciudad Nolan» es negocio de verás?

—Puede creerme. Si conseguimos que nos firme un cheque de cien mil dólares, le daremos el doble en unos meses. Se sentirá distinto y será un hombre feliz.

—Está bien, B. J. Lo intentaré en beneficio de Kenneth.

—Entonces, ¿cómo conseguiremos que nos firme un cheque?

—Le convenceremos. Haremos que inicie una nueva vida.

—Es lo que pensé al bajar este aparato del desván—repuso B. J., señalando el «escritógrafo».

DE HOMBRE A HOMBRE

HENRY había tomado la decisión de abordar a Kenneth para ponerle en prevención contra Virginia, tal como le había anunciado su hermana. Para ello esperó que ésta se despidiera del joven Nolan, y cuando quedaron solos, le llamó con sus ademanes teatrales y su palabrería de la edad caballeresca.

—¡Kenneth!—gritó—. ¡Nosotros ya no somos niños, Kenneth, sino hombres, hombres de mundo!

—Pero ¿qué le pasa?—inquirió el aludido, a quien Henry no era el santo de su devoción.

—Le diré. Debemos discutir de hombre a hombre un asunto delicado.

—Cuando quiera.

—Ya sabe, Kenneth, que Nina es

tan sensitiva. Fácilmente se exalta.

—No lo sabía.

—Sí, Kenneth. Y está muy molesta con la señorita Travers.

—¿Qué ha hecho la señorita Travers?

—No es que haya hecho nada, pero es una magnífica pieza, ¿eh?

—¿Qué quiere decir?

—Es que del modo que la señorita Travers le mira, Kenneth...

Kenneth se encogió de hombros. No le importaba lo más mínimo lo que pensara Henry, ni la opinión que Nina pudiera tener de la forma en que Virginia pudiera mirarle.

—Le aseguro que mañana estaré muy atento—dijo Kenneth—. Y si me mira de un modo extraño, yo la miraré igual.

—Será mejor que lo haga—con-

testó Henry, sin saber exactamente lo que decía—. Adiós, buenas noches.

* * *

Kenneth Nolan se levantó de muy buen humor el día siguiente. Bajó al comedor y saludó a Hunk alegremente y lo primero que hizo fué preguntar por la señorita Travers.

—Ha sido nuestra primera cliente esta mañana—repuso el mayor-domo, como si fuera un «barman» o un barbero.

—¿Le dijo que yo quería verla?

Hunk asintió, y le presentó la lista del desayuno. Era una especie de carta, en la que había numerado las distintas combinaciones que se podían hacer a base de jamón, huevos, tomate, huevos y jamón.

Kenneth eligió el primero que le vino, y el criado se fué a la cocina en busca de lo pedido. Allí se encontró con que Nolan padre estaba extendiendo un cheque por cien mil dólares, que Virginia se encargaría de hacer firmar por su hijo. Judy observaba lo que hacían los demás, sin preocuparse gran cosa de su labor de doncella.

—No tengo jamón—dijo Judy a su marido.

Virginia se dió cuenta de que no

podía atenderse a Kenneth y pidió dinero a Nolan.

—Tengo un dólar y quince centavos en mi pañuelo—dijo éste, sacándolo de su bolsillo.

La joven lo cogió y ordenó a Hunk que comprara treinta centavos de jamón. Pero mientras tanto, Kenneth llamaba por el timbre de un modo impaciente; quería su desayuno. Judy subió y le trajo un jugo de almendras para calmarle mientras esperaba algo más consistente.

—En cuanto haya desayunado—decía Virginia a B. J.—y esté algo asequible le soltaré el regalito. Veremos cómo consigo que firme este cheque.

Virginia, armada del aparato se fué en busca de Kenneth. Este, al verla, exclamó:

—¿Qué es eso?

—Venga conmigo y verá qué cosa es.

Se fueron andando hacia el comedor, por lo que Virginia respiró en el sentido de que pasó el peligro de que Kenneth viese a su padre. Allí Kenneth se dispuso a desayunar, mientras la joven le enseñaba el «escritógrafo».

—Con esto se pueden firmar cinco cheques de un plumazo?

—¿Qué cheques?—inquirió Kenneth algo escamado.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

—Su padre dejó sin pagar algunas facturas importantes.

—No me extraña... ¿Dónde están?

—Aquí.

Virginia le alargó varios papeles mientras sostenía en su mano una tira de cinco cheques, el primero de los cuales era el de cien mil dólares. Kenneth iba repasando las facturas.

—Veinticinco, cien y noventa dólares... Parece que mi padre no reparó en gastos... ¿Tiene usted una pluma?

Virginia no la tenía, pero en cambio tenía muchas ganas de que Kenneth probara aquel aparato.

—¿Por qué no prueba este aparato? Es muy curioso—dijo mientras disponía los cheques de modo que él no lo viera. Kenneth, por su parte, estaba distraído entre el aparato y la presencia de la amiga de su padre.

—Es otro invento, ¿eh? Nunca lo había visto. Es posible que mi padre hiciera perder mucho dinero a alguien con esto.

—Quizá esperaba obtener muy buenos resultados con él...

—¡Qué tontería! Eso parece un juego de niños. ¿no es verdad?

Virginia le miró fijamente, al tiempo que le indicaba cómo tenía que coger el aparato para firmar.

Kenneth lo hizo, presa por la mirada de la joven.

—¿Mira usted así a todo el mundo o sólo a mí?—preguntó.

—¿Cómo?—inquirió ella, sorprendida y confusa mientras doblaba el cheque de los cien mil, que acababa de firmar junto con otros de menor cuantía.

—Deberá usted vigilar su mirada.

Aquellas palabras la hicieron cambiar de expresión y su mirada, perdida ya la tensión del truco que acababa de realizar, se suavizó, trocándose en un mirar dulce y acariciador.

—Así me gusta. Con esa mirada parece usted un ángel.

—Estoy segura de que no soy un ángel... ni pensarlo—repuso ella con una segunda intención que Kenneth no podía alcanzar. E inició la marcha, cumplido ya el objetivo de su complot con B. J.

—No se vaya tan pronto. Siéntese. No tengo nada que hacer.

—Pero ¿no desearía usted hacer algo? Algo verdaderamente importante.

—Pues depende. Si se refiere usted a desear algo que nos sea agradable... Si lograra arreglar la situación de mi padre, sería la mayor alegría de mi vida... Si yo pudiera hacer algo sin que él se enterara. Po-

nerle algo en el café que pudiera curarle de una vez.

—¿Sin que él se enterase? ¿Y él, no le odiaría a usted?

—Si le curara, creo que me lo agradecería.

—¡Estoy tan contenta de que piense usted así!

—Quisiera que usted me ayudara —pidió Kenneth, puesto ya en plan confidencial y atraído por la simpatía y llaneza de la muchacha.

—Estoy segura de que podré ayudarle en todo. Siento tener que marcharme ya—murmuró al ver que se presentaba la señorita Tennyson.

Se cambiaron los buenos días. Virginia se marchó y Nina se sentó cerca del joven millonario.

—Esa señorita Travers parece estar muy contenta esta mañana—di-

jo ella para iniciar una conversación.

—Sí. Me ayudará a curar a mi padre de sus raras ideas.

—¿Ah, sí? ¿Creo que era una amiga de tu padre?

—Y lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—Me dejó una carta presentándomela.

—Escucha, Kenneth: no quisiera alarmarte, pero ¿estás seguro de que la letra era de tu padre? ¿Dónde está la carta?

La pregunta desconcertó al joven. Verdaderamente creyó identificar la letra de su padre y la tiró; pero las palabras de Nina le ponían en un apuro. Al fin y al cabo, ¿qué sabía él de la señorita Travers y de los nuevos criados?

UN BANCO POCO ACOGEDOR

VIRGINIA entró en la cocina gritando alborozada. B. J. Nolan la recibió con gran alegría, porque ello presuponia que su hijo había firmado el cheque que tenía que salvar la «Ciudad Nolan» y llevar la tranquilidad a su hogar, con una ocupación seria, segura y productiva.

—Hunk—gritó Virginia al criado, que retorgaba por la pelea que sostuvo con el tendero por los cuarenta y cinco centavos de jamón que fué a comprar—, ve a pagar todas las facturas y que den otra vez el gas.

Nolan se disponía a continuar haciendo de cocinero, pero Virginia le hizo poner el sombrero y ambos marcharon hacia el Banco. El negociante era muy conocido, por lo que

le fué franqueada la entrada hasta el lugar donde se hallaba el gerente.

—¡Hola, John!—dijo Nolan alegremente—, ¿Qué, amigo?... Le presento a mi socio, la señorita Travers.

El llamado John le hizo una acogida bastante fría. Saludó cortésmente a los sonoros saludos de la joven, y exclamó:

—¿Qué hay? Lo siento, Nolan, no puedo prestarle nada.

—Ya lo sé, John—repuso él, lamentando que le desenmascarara de nuevo ante Virginia—. Hoy no quiero nada... La verdad del caso es que yo quisiera hacer un pequeño ingreso en este Banco... si es que sus condiciones merecen mi aprobación, claro.

—Ya... La aprobación de su hijo, dirá.

—Tiene una gran cantidad en su cuenta corriente, ¿verdad?, ¿o no? —preguntó Virginia, que quería asegurarse de que por lo menos podía cubrir el importe del cheque de los cien mil dólares.

—Sí—aseguró el gerente—, la guarda en este Banco. Pero su hijo es un hombre precavido. Acabo de hablar con él.

—¿Qué dice?—casi gritó Virginia.

—¿Habló usted con mi hijo por teléfono?

—Sí... referente a un cheque.

A los dos socios les pareció que el Banco se les iba a caer encima. Probablemente Kenneth se había dado cuenta de la estratagema y no había dicho nada a fin de hacerlos caer en la red.

—¿Qué cheque?

—Señor Nolan: su hijo es muy distinto a usted. El cuida de su dinero. Como la cuenta corriente que tiene es importante, debe ir con mucho cuidado con las falsificaciones de cheques, y claro está, con las equivocaciones que cualquiera puede tener.

—¿Dijo usted que le habló de un cheque?—insistió Nolan.

—Mejor será que se lo diga—repuso el gerente, después de unos

instantes de duda—. Aquí tienen... Son mil trece dólares de un pasaje ya abonado.

Virginia y Nolan estallaron en carcajadas. Risa nerviosa de dos personas que se creían descubiertas y veían que las amenazas que parecían pesar sobre ellos quedaban desvanecidas. Pero las siguientes palabras del gerente fueron como un nuevo cubo de agua fría en sus esperanzas.

—Ese cheque lo retenemos hasta que su hijo ordene hacerlo efectivo. Todos los cheques que pasan de mil deben ser comprobados por su hijo personalmente.

—¿Todos los cheques que pasen de mil?

—Eso es... Y digan, ¿qué suma quieren ustedes ingresar en el Banco?

Virginia se volvió hacia un lado y adoptó una postura despectiva.

—No me gusta este Banco—dijo—. No es muy acogedor.

—Ni a mí—afirmó Nolan, levantándose—. Es un Banco horrible.

El gerente les vio marchar, lanzando una exclamación de sorpresa, pero sin preocuparse demasiado, puesto que clientes como Nolan padre no le interesaban.

En la puerta del Banco se encontró con varios de sus acreedores y funcionarios judiciales que le fueron

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

entregando varias citaciones y facturas.

—¿Cuánto tiempo me queda?— preguntó a uno de los empleados del juzgado.

—Sólo dos días, señor Nolan.

Cuando se hubieron marchado, se volvió hacia Virginia y vió cómo ésta rompía el cheque de los cien mil dólares.

—Esto está listo.

Andando tristemente se fueron hacia el metro y pudieron coger uno de los coches, aunque incidentalmente quedaron separados; un pasajero se interpuso entre ellos y su conversación resultaba muy accidentada.

—No me gusta que esté usted triste. Todo se arreglará.

—Es inútil.

—No quiero que diga usted eso. ¡No sea cobarde!

—¿Eh?—inquirió él, no habiendo oído bien por el ruido del coche.

—Dice que no sea usted cobarde—le aclaró el pasajero.

—Gracias—repuso Nolan, y continuando su conversación (?) con Virginia, exclamó—: Sé cuando estoy vencido.

—La lucha acaba de empezar y usted saldrá adelante. Ahora lo aseguro que no está solo.

—¿Qué?

El pasajero volvió a intervenir:

—Dice que ahora estará usted acompañado.

—Pero ¿de dónde quiere que saque cien mil dólares?—inquirió Nolan.

—De mí no, amigo.

La conversación terminó con el viaje, y mohinos y fracasados, regresaron a la mansión de los Nolan, donde Judy y Hunk les esperaban, ansiosos de saber si habían conseguido cobrar el dinero.

—Se nos presentó una dificultad—explicó Virginia—y no hay dinero.

Pero Judy y Hunk tenían otras noticias. Durante toda la mañana estuvieron observando a Kenneth y a los invitados y creían haber descubierto algo muy interesante.

—Estoy segura de que los invitados traman algo—decía Judy.

—Si —corroboró su marido—; Nina ha estado paseando con Kenneth toda la mañana.

—Quiero llevárselo otra vez a Londres.

—Ha dicho que esta noche le hará beber bastante coñac.

—Se propone pescarle.

El duelo de explicaciones entre Judy y Hunk quedó cortado por la pregunta de Virginia:

—¿Cómo has dicho?

—Eso es lo que le decía a su hermano.

—¡Qué iniquidad! — murmuró Virginia.

—¡Virginia! —gritó Nolan—. Tiene usted que ganarle la partida.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Yo se lo diré... Ella le dará cofiac... ¿verdad? Pues nosotros le daremos champaña. Hay dos botellas en la bodega.

—Pero yo no quiero que Kenneth se me declare—protestó Virginia—; y si quisiera declarármese, debe hacerlo en estado normal.

—No he dicho que se le declarase—objetó Nolan—. Procure hacerle socio de la «Ciudad Nolan» y entonces no podrá irse a Inglaterra.

—No podría hacerlo.

—Ella destrozará su vida—insistió B. J.—. Tiene usted que luchar como sea.

—Una lucha de alcoholes, ¿verdad?

—¡O vence usted o Nina!

Pero Virginia no tenía vestidos y no sabía cómo competir dignamente con Nina. La solución la encontró el viejo Nolan, procurándole la ropa de otras cortinas. La joven,

ayudada por Judy, trabajaba intensamente. Los trozos de la cortina que sobraban estaban tirados por el suelo de la habitación.

—Nunca le había quitado un vestido a una ventana—comentaba Virginia, mientras Judy le arreglaba unas arrugas de la falda.

—Hay un par de cortinas azules en la cocina—decía Judy—, de las que voy a hacerme un par de blusas.

Cuando el vestido quedó terminado, Virginia salió en busca de Nolan y éste le entregó el contrato con el que debían ligar a su hijo a la «Ciudad Nolan».

—No se le olvide... y que firme al final—recomendó él.

—Sí, ya lo sé.

Virginia se guardó el contrato y trató de apaciguar el nerviosismo de B. J. Ella estaba bastante tranquila y se dispuso a poner en práctica su plan. Esta vez le parecía más descabellado que nunca, pero hasta ahora todo le iba saliendo bien, a pesar del fracaso del cheque, y confiaba en que sus armas rendirían a Kenneth.

UN CUMPLEAÑOS ORIGINAL

VIRGINIA, vestida con su extraordinario traje, que, dicho sea de paso, le sentaba muy bien y parecía obra de cualquiera de los más afamados modistos neoyorkinos, se fué con las botellas de champán a un banco del jardín. Las luces del atardecer iluminaban aquel delicioso rincón. Indudablemente, si Kenneth acudía allí debería sentirse atraído hacia el delicioso conjunto que se admiraba en Virginia, que supo elegir el marco para su labor de hacer firmar el contrato al joven Nolan.

Que acudiera allí por su propio impulso, era bastante difícil, pero de ello se encargó el expeditivo Hunk.

El criado estaba oreando en el ves-

tíbulo, dispuesto a cortarle el paso a Kenneth, y al propio tiempo escuchaba atentamente los proyectos que Henry y Nina se hacían respecto al millonario.

—Sientate—decía Nina a su hermano, viendo que éste estaba merodeando por el salón.

—No me distraigas — repuso Henry— Estoy pensando.

—No digas mentiras... Si nunca has intentado pensar. Tú debes seguir mis instrucciones. Cuando el muchacho empieza a sentirse romántico después de la segunda copa, tú te marchas de aquí con discreción.

—¿Qué has dicho? ¿Cuando empieza a sentirse romántico? Eso sí que lo veo difícil. Pero no creas que

se ponga así; ese chico es un pobre tonto.

En aquellos momentos, Kenneth bajaba las escaleras y Hunk se interpuso y con un ademán indicándole silencio, le condujo hasta la puerta del jardín, señalándole el lugar donde se hallaba Virginia. Kenneth cayó en el lazo, y atraído por la belleza de la joven, acudió a su lado.

—¿Qué tal?

El saludo de Kenneth pareció sorprender a Virginia, aunque ésta desde hacía un rato le estaba esperando.

—¡Hola! Estoy contenta de que haya venido... ¿No le parece encantador?

—Sí, sí; lo es, pero...

Ella le invitó a sentarse, inquietando:

—¿Pero...?

—Pues no sé... Es un poco extraño encontrarla a usted aquí. Me gusta... pero es un poco raro... encantador.

—Ya sé que ha de parecerle extraño, pero es mi cumpleaños... y siempre he brindado con champaña el día de mi fiesta y... Aquí esté—repuso ella, levantando la copa y la botella.

—¿Qué vestido más bonito!—comentó él, sin reconocer la cortina.

—No; si no son más que cuatro trapos, se lo aseguro.

—Pero le debió costar un dine-

ral... Iré a buscar a Nina y a Henry y celebraremos su cumpleaños con una gran fiesta.

—¡Oh, no, no!—protestó ella, viendo que se le iba a escapar la oportunidad que ansiaba—. Me aburren las fiestas de cumpleaños. Será mejor que brindemos juntos... si no le importa.

—Pues claro que no—dijo él, cogiendo la copa que se le ofrecía—. No soy un gran bebedor, ya lo sabe... Tengo suficiente con una copa.

—Una copita—murmuró ella, llenando hasta los bordes una enorme copa de champaña.

Kenneth bebió abundantemente. Ella le preguntó:

—¿Cómo se siente?

—Es raro... no noto nada. Y usted, ¿cómo se siente?

—Yo fantásticamente bien. Nunca me he sentido tan bien en toda mi vida.

—Tal vez será mejor ir hacia dentro—exclamó él. Pero a ella le gustaba más estar en el jardín: allí no existía el peligro de que les descubrieran, ya que Hunk se encargaba de decir a Nina o a Henry que Kenneth estaba todavía arriba, cuando ellos, impacientes, se lo preguntarían.

—No, no; quedémonos aquí. Quisiera hablarle de un asunto muy im-

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

portante—dijo ella, pensando en el contrato que tenía guardado.

—Pues usted dirá... Mientras no sea de esa locura de la «Ciudad Nolan».

Virginia se sintió cortada. No era oportuno decirle que precisamente se trataba de aquel asunto, y decidió entocarlo hacia otros terrenos. Para ganar tiempo le ofreció otra copa de champán.

—Será mejor que brindemos otra vez.

—La verdad es que la última vez que bebí champán no me porté como un caballero—advirtió él.

—Pero debe usted brindar por mi cumpleaños y un caballero no debe negarse.

—Sí... Es todo un problema. ¿no? Bueno, brindo por...

Kenneth se interrumpió. Muy seguro que los efectos de la primera copa empezaban a notarse, ya que las palabras no le salían con la facilidad que esperaba.

—¡Caramba! ¡Que nunca sepa brindar cuando quiero!—rezongó—. ¡Feliz cumpleaños!... Es algo muy raro, pero...

Un extraño silencio se hizo entre los dos jóvenes. La mente de Kenneth estaba algo confusa y, a decir verdad, Virginia también se hallaba en un estado semejante; le impor-

taba ya muy poco el contrato y sólo gozaba de la compañía del hijo de su socio.

—Antes de acostarme siempre pienso grandes cosas, que estudio cuando todos están durmiendo—explicaba él, sintiéndose expansivo y confidencial.

—¿Sí? Yo también—dijo Virginia—. A veces me despierto por la noche y se me ocurren pensamientos muy profundos sobre la vida... pero cuando me despierto por la mañana...

—Ya no se acuerda.

—Eso es... Escuche... Es una tortura, pero ¿a usted no le gusta subir corriendo una escalera móvil?

—Pues claro que sí... ¿Le gusta asomarse al último piso de una casa?

—Ya lo creo, Kenneth. ¿Le gusta a usted deletrear las letras al revés?

Los dos jóvenes iban hablando, entusiasmados cada vez que veían que coincidían en una misma afición o costumbre.

—Hasta he aprendido el alfabeto al revés: z, y, x, w, v, u, t, s, r, q...

Mientras tanto, desde una ventana, Judy y Nolan estaban observando los movimientos de la pareja, y Hunk estaba ojo avizor para que Nina y Henry no descubriesen su juego.

—Deseo contemplar los patos salvajes—decía Kenneth—. Me gusta contemplar la luna cuando reluce con tanto esplendor como ahora. Me gusta... Si no le importa que se lo diga, le diré: la quiero a usted.

—¿De verdad?—preguntó Virginia, feliz.

—Bueno... Como es su cumpleaños... Feliz cumpleaños y muchas felicidades.

Con el pretexto del cumpleaños, Kenneth la besó. Nolan padre, desde su punto de observación, dijo a Judy:

—Ella le está besando.

—No—rectificó Judy—. El la está besando.

Virginia, confusa aún y un tanto ruborosa, confesó a Kenneth:

—He de confesarle que también le quiero a usted.

—Y yo... más de lo que cree...

La conversación, a pesar que después de lo que se acababan de decir parecía que iba a animarse, languideció. Ambos estaban emocionados y no sabían qué decir. Kenneth buscó otro tema.

—Será mejor que me diga lo que iba a decirme antes—dijo.

—¿Qué era?—preguntó Virginia, que ya se había olvidado por completo de la «Ciudad Nolan», para pensar sólo en el cariño que le ofre-

cía Kenneth. Aunque dudaba que ello fuera sincero, ya que estaba segura que el estado en que se hallaba Nolan hijo no era normal. No es que estuviera borracho, pero sí algo alegre.

—Pues no lo sé, pero usted dijo que era un asunto muy importante.

—Pero es que ahora nada tiene la menor importancia... ¿No es usted muy feliz?

—Sí, sí... me siento muy feliz, pero no sé lo que me ocurre.

—Usted no sabe, Kenneth... le aseguro que lo desconoce... No sabe usted lo que es esto. Ni sabe usted lo que es aquello... Ni sabe usted lo que yo siento al no poder acordarme de lo que iba a decirle. Y si hubiera bebido tan solo una copa, Kenneth... ¿también le gustaría?

—Cada minuto que pasa le encuentro más atractivos.

—¿Cuáles?

—Pues ahora no lo sé. Yo creo que lo que me gusta más de usted es su modo de decir las cosas tan aprisa y tan interesante, y su vida, distinta de la mía. Y... verá usted: yo antes creía que me gustaban las chicas muy razonables, pero... ¡es usted tan animosa!

Las palabras de Kenneth llegaron

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

a Virginia en lo más hondo y se desmayó. En esta ocasión no era el hambre, sino la emoción recibida y, tal vez, el champán.

—Vamos, Virginia, no se asuste—decía Kenneth, cogiéndola a cuestas y llevándola al interior de la casa.

Judy y Nolan estaban alarmados, desde lo alto de su puesto de observación.

—¡Dios mío! ¿Se la lleva a cuestas!... ¿La traerá aquí?

—Usted será mejor que se esconda—le contestó Judy, disponiéndose a arreglar la habitación, que estaba toda llena de los retazos de las cortinas.

Mientras tanto, Henry y Nina estaban impacientes e interrogaban de nuevo a Hunk.

—¿Dónde está el señor Nolan?—preguntó Nina.

—En Chicago.

—Me refiero a Kenneth Nolan.

—¡Ah! ¡Kenneth Nolan! ¿Por qué no lo decía?... Está aún arriba.

—Esto es una ofensa—rezongó Nina, mientras Hunk desfilaba para evitar nuevas preguntas.

—Nina, no te descompongas—le reconvinó su hermano.

—¡Calla!

—Sé más correcta.

En esto vieron pasar a Kenneth

con Virginia en brazos. Nina le salió al paso, seguida de Henry.

—¡Kenneth!

—Es que... es que...—balbuceó Kenneth—. No ha sido nada. Es el cumpleaños de la señorita Travers.

Poco después, Virginia estaba ya en la cama al cuidado de Judy y Kenneth se dirigió a la habitación, interesándose por la joven.

—¿Cómo está?

—La metí en cama... Debiera usted avergonzarse de su conducta—dijo la doncella.

—Si no hice nada...

—Ahí está el mal.

Judy le dejó entrar en la habitación y él se acercó a la cama algo temeroso.

—¡Virginia! ¿Cómo sigue?

—Estoy muy bien—repuso ella con voz baja.

—Necesita descansar y mañana se encontrará perfectamente.

Kenneth la arropó y le dijo:

—Virginia... yo quería decirle... Estoy enamorado de usted.

—Kenneth... la «Ciudad Nolan» necesita un socio inteligente—contestó ella, recordando el asunto.—¿Por qué no firma este documento y nos convertimos en socios?

Peró el joven no firmó. Por otra parte, la joven se lo dijo como entre sueños, y Kenneth se retiró de la

habitación, seguido de Judy. Los efectos del champán todavía hacían mella en el ánimo del millonario, y aunque se sentía dispuesto a hacer cualquier tontería, algo le retenía.

Parecía estar seguro de querer a Virginia, porque este sentimiento creyó observarlo en él mismo antes de haber bebido, pero no se atrevía a definirlo a sí mismo.

KENNETH COMPRA UNA CORBATA

HENRY y Nina, después de la escena que acababan de presenciar con Virginia desmayada en los brazos de Kenneth, estaban deliberando sobre sus próximos planes. Ella estaba furiosa con Virginia y no ocultaba su despecho.

—¡Celebrando su cumpleaños! No creo que tenga ni cumpleaños.

—Pues debe ser un caso verdaderamente excepcional — repuso su hermano.

Sus últimas palabras coincidieron con la entrada de Kenneth, que regresaba de ver a la desmayada, y les saludó con un «¡hola!» más alegre que de costumbre. Nina sonrió, pensando que la cosa se ponía bien y que su plan iba a rodar a las mil maravillas.

—Ha pasado una cosa muy extraña—decía Kenneth—. Virginia celebraba su cumpleaños cuando...

—¿Por qué no nos invitaron a la fiesta?—interrumpió Nina.

—Pues... no sé; me parece que se imagina que no les resulta simpática a ustedes dos.

—¡Oh, querido Kennet!—exclamó ella con hipocresía—. ¡Cómo ha creído...!

—Sí, Nina la aprecia como a una hermana—dijo Henry.

—¡Fantástico! Entonces todos la apreciamos. Te aseguro, Nina, que he cambiado.

—¿De veras?

—Sí... Me he convencido de que la bebida no me hace comprar cosas.

—¿Ah, no?

—No... Yo he temido siempre beber más de una copa porque flaqueaba mi sentido común... Ahora estoy convencido de que soy más parecido a mi padre de lo que yo creía.

—Pues tome usted un poco de coñac. Es delicioso.

Kenneth cogió la copita que le ofrecía Nina, respaldado por una frase de aliento de Henry.

—Bien, lo tomaré... No me hará daño, creo yo, después del champán.

—No, no!—protestaron ambos a la vez.

La charla entre los tres era animada e intrascendente y Nina, una y otra vez, fué llenando la copita de Kenneth, que bebía el líquido como si se tratase de un formidable bebedor. Fué después de la segunda copita que Henry decidió desfilarse, de acuerdo con el plan establecido.

—Un momento...—dijo Kenneth antes de que Henry se marchara—. Oiga: tiene usted una corbata encantadora... ¿Quiere vendérsela?

—¿Venderla?—preguntó extra-

ñado Henry, poniéndose la mano sobre su lazo. No obstante, el joven, y también su hermana, comprendieron que Kenneth estaba ya en situación de hacer cualquier tontería, que en aquel caso era la de declararse a Nina, aunque los dos ignoraban que el millonario se había declarado poco antes a Virginia.

—Sí—insistió Kenneth—; le doy cinco «pavos» por ella.

—¿Pavos?—inquirió Henry, no comprendiendo que quería decir dólares, pero con una expresión que copiara de Judy.

—Sí, en dinero.

—No, no; no la vendería ni por un millón. Es un retuerdo de familia.

—Le doy diez «pavos».

—Vendida—concedió Henry, que no la cedía por un millón hipotético, pero sí por diez dólares en papel moneda.

Kenneth estaba muy contento con su adquisición y empezó a dar gracias de alegría.

VIRGINIA VUELVE AL FALENQUE

MIENTRAS tanto, Virginia había reaccionado y Nolan estaba a su lado con Judy, esperando la vuelta en sí de la joven.

—¿Qué le ha pasado, Virginia?

—No sé. De repente todo se oscureció... pero ahora ya estoy bien.

—Mañana le pasará el dolor de cabeza—comentó Judy—. ¡A quién se le ocurre beber tanto champán con el estómago vacío!

De pronto Virginia se acordó de Kenneth y de sus planes.

—¿Dónde está Kenneth?

—Abajo, con Nina.

—¿Nina?... ¡Me levanto!

Judy trató de impedirlo, pero Virginia no le hizo el menor caso.

—Kenneth me necesita. Quiero hablar con él.

Nolan la apoyó, porque le interesaba solventar aquel asunto y Nina era un serio obstáculo que se interponía, del que sólo podía salvarse por mediación de Virginia.

—Aquí hay otra botella de champán—dijo Judy.

—No necesitamos más.

—Espere, espere—gritó Nolan al ver que la joven se marchaba precipitadamente—; no olvide el contrato.

—¿Qué contrato?—preguntó la joven, que en aquellos momentos no se acordaba de la «Ciudad Nolan», sino que sólo pensaba en que Nina pudiera arrebatarse el amor de Kenneth.

—¿Qué contrato?—vociferó Nolan, estupefacto al ver que Virginia no se acordaba de lo que a él le pa-

recía que era básico en aquel asunto.

—¡Oh, B. J.! No puedo decírselo esta noche.

—¿No se volverá usted atrás?

—No, B. J.

—Llévese el contrato.

Virginia lo cogió y lo guardó.

—Bueno, está bien, pero primero debo salvarle de esa mujer... Después le salvaré de sí mismo...

Cuando la joven salió de la estancia se encontró con que Kenneth se retiraba a descansar, pero lo hacía de un modo muy sonoro, ya que con sus voces trataba de imitar el grito de los tiroleses. Virginia se hizo eco, y se entabló un pugilato de voces que atronaron el edificio.

Pero Henry y Nina no le dejaban y le acompañaron hasta la puerta de su cuarto. El extravagante joven decía:

—Kenneth; ése no es el verdadero tiroles. Ha de hacerlo así: ¡Yuu-uuu!...

—¡Calla!—le ordenó su hermana.

Kenneth se dio cuenta de que le acompañaban y dirigiéndose a Nina, riendo, le dijo:

—¿Qué, cómo estás. Nina? ¿Te quieres vender algo?

—Sólo queríamos comprobar que estabas bien, querido.

—Pues claro... ¡Hasta mañana!... Esta noche he pensado demasiadas cosas.

—Mañana te sentirás muy distinto.

Kenneth se volvió hacia Henry, diciéndole:

—Oiga, Henry, tiene usted un bigote magnífico... ¿Quiere venderse?

El aludido hizo un movimiento de sorpresa, pero empujado por su hermana, salieron de la habitación y cerraron la puerta. Nina, como siempre, tuvo que dictar las órdenes para el normal desarrollo de sus planes. Le interesaba que nadie hablase con Kenneth hasta el día siguiente y quería tener el control de todos sus actos.

—Henry, siéntate ahí, en esta silla, y procura que no salga de la habitación.

—¿Y si se le ocurre salir?

—Me despiertas en seguida.

HACIENDO EL TARZAN

LA intervención de Henry y Nina había frustrado los planes de Virginia. Había que tomar otras medidas antes de que terminase el día, y la joven ideó algo nuevo para burlar la vigilancia de Henry.

Encaramándose por la ventana, pudo alcanzar las ramas de un frondoso y corpulento árbol cuyas ramas llegaban hasta el balcón de Kenneth. Y desde allí se puso a imitar el maullido de un gato. Kenneth, que estaba a punto de dormirse, llenó de improperios al felino que no le dejaba descansar, y finalmente se asomó al balcón para tirarle algo por la cabeza. Su sorpresa fué grande al ver que el minino era nada menos que Virginia.

—¡Hola, Kenny!

—¡Hola! ¿Qué tal?... Pero ¿qué hace?

—Escalando árboles.

—¿Es divertido?

—Algunos árboles son más divertidos, pero éste no está mal.

—¡Pero si es de los árboles más divertidos!... Yo lo escalo todos los días.

—Tal vez llegue a gustarme— concedió ella.

—Es usted la primera escaladora de árboles nocturna que he visto.

—¡Claro, como que de día es muy fácil escalar un árbol!

—A estas horas debería estar en cama— objetó él, pensando que ya estaban en plena noche y no era la hora más adecuada para hacer el Tarzán, aunque fuera algo casero—. Haga el favor de entrar.

—Venga usted—dijo ella—; estoy atada.

Y en efecto, su largo vestido había quedado prendido en una rama y no podía avanzar.

Kenneth no se hizo repetir la orden y saltó al árbol, dispuesto a arreglarlo. Ella estaba medio colgando del vestido.

—Resulta bonito—dijo él, sentándose en una rama.

—Sí, muy bonito, muy bonito—repuso ella.

Luego, viendo que la joven estaba incómoda, se acercó hacia el balcón y cogió una silla que allí estaba.

—Aguarde un momento, ya verá.

Luego colocó la silla entre dos ramas estratégicamente situadas.

—Sentada en la silla estará mejor. Ahora está bien. Si colgáramos más cosas parecería un árbol de Navidad.

Kenneth se sentó al lado de la joven y se puso a cantar alegremente, pero ella le hizo callar. No le interesaba que los demás inquilinos de la casa les vieran allí. Con seguridad que le estropearían el truco y habría sido ya el tercero que le fallaba.

—Tiene usted razón, me callaré—concedió él—. Bueno, ¿dónde estábamos? ¡Ah, sí! Estábamos atados.

Y era verdad, porque con tantas manipulaciones, Kenneth se había

olvidado de desenganchar el vestido de Virginia y ésta seguía sosteniéndose de milagro. Hacía rato que conversaban y la situación era por demás extraña.

—Tenga calma, todo se arreglará y ya verá qué cómodos estaremos—dijo él.

—Oiga, Kenny, ¿por qué no lo corta? ¿Tiene un cuchillo?

—No. Bueno, será mejor que me siente y piense lo que he de hacer.

—¡Oh!—exclamó Virginia, ya angustiada por su incómoda situación—. ¿No le parece que debiera hacer algo por mí?

Kenneth la ayudó torpemente. Ella se pudo incorporar al fin, pero la ropa se rasgó y por poco caen los dos al suelo. Luego se acomodaron lo mejor que pudieron y él dijo:

—Muchos no saben lo bien que se está en los árboles.

—Los monos, sí—contestó ella.

—¿Y si traiga otra silla?

—¿Espera usted visitas?

—Yo no he invitado a nadie más. ¿Y usted?

—Sólo a usted—aseguró ella, sintiendo renacer en su alma la dulce poesía del amor que le brindara Kenneth. Quizá la ocasión era para que el joven se sintiera otra vez romántico. Le importaba muy poco el contrato y sólo pensaba en Kenneth. —Los dos solos aquí toda la noche.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

Construiremos una nueva mansión, y el sol del nuevo día iluminará esa nueva morada... Seremos Adán y Eva y el árbol.

—¡Adán y Eva!—murmuró ella.

—Y el árbol—repitió él—. Construiré un nuevo y majestuoso árbol

en estas inmensas soledades... Comeremos flanes y más flanes que cambiarán el menú de la cocinera... Oye, Virginia: y en el jardín de esta casa plantaremos otro árbol, y en el árbol construiremos una casa, y otro árbol y otra casa...

EL CONTRATO DE BODA

EL joven hablaba incoherentemente. No sabía exactamente lo que decía, aunque en su interior estaba fija la idea de su amor por Virginia y el vivir con ella en algún lugar de romántico encanto.

De pronto ella sacó el contrato, no muy segura entre romperlo o enseñárselo a Kenneth. Este se dio cuenta y le preguntó qué era.

—Nada de importancia. Es un contrato.

—¿Un contrato? ¿Para qué?

Ella se lo entregó, y él se puso a leer a la escasa luz de la luna. Estaban en un lugar poco propicio para hablar de negocios, pero a Kenneth no le importaba.

—«Por lo que la segunda parte

accede a comprar»—leyó él— la «Ciudad Nolan». ¿Eh? Es mía.

—La comprarás mañana — dijo ella, queriendo quitarle el contrato—. Nos queda mucho tiempo hasta que el sol aparezca de nuevo. Continúa planeando cosas.

—No es cosa de estar aquí sentados planeando toda la vida... Cuando hay que hacer una cosa, se hace.

Kenneth parecía decidido, pero Virginia no quería hacerle firmar una cosa en un estado de semiinconsciencia. Aunque no se pudiera asegurar que estaba borracho, sí estaba un poco alegre.

—Pero, Kenneth, ¿estás seguro de que quieres hacerlo? ¿Estás seguro que eres muy razonable?

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

—¿Razonable? ¡Ah! ¿Quién es razonable? Ya estoy cansado de oír esa palabra.

—¡Querido! — murmuró ella. Y dándose cuenta de lo que decía, le preguntó ingenuamente: ¿Puedo llamarte querido?

—Sí, querida.

—Así es cómo deseaba yo que fueras... Es, es... ¡esto es un hombre!!

—Claro que soy un hombre... Un gran hombre que se ha transformado. Tú lo hiciste y te lo agradezco... Te quiero por eso.

—¿Me quieres?

—Te quiero por eso y te querré siempre.

Tras unos momentos de reflexión, pidió:

—Dame una pluma, pronto.

Kenneth aun tenía el contrato en sus manos y había decidido firmarlo. Pero ella, como no tenía intención de que él lo hiciera, no había tomado las debidas precauciones.

—¿Pluma? ¡Olvidé la pluma!

—¿Olvidaste la pluma?

—¡Olvidé la pluma! — repitió la muchacha.

—¿Dónde está el servicio? — gritó Kenneth —. ¡Hunk..., Hunk!... ¡Qué nombre tan bonito! Parece la bocina de un coche: ¡Hunk-hunk, hunk-hunk, hunk-hunk!...

El criado acudió al pie del árbol.

—¡Eh, Hunk, sube una pluma estilográfica en seguida!

—Al instante.

—¡Asegúrate que haya tinta dentro...! — le recomendó Virginia. Y viendo que Judy también había acudido, le dijo: Y tú, sube un buen secante, Judy.

A los gritos de Kenneth, salieron Nina y Henry precipitadamente y, desde el pie del árbol, ella le reconvinó:

—Pero, Kenneth, ¡eso es absurdo!! ¿Qué haces ahí?

—Cierre el pico — le ordenó Virginia.

—¿Qué hacen ahí? — insistió Nina.

—Somos Adán y Eva, y el árbol — explicó Kenneth.

—No es sitio para llevar a una mujer, amigo — le dijo Henry.

Nina ordenó a su hermano que hiciera bajar a Kenneth, pero Henry tenía sus apuros para subirse al árbol. Mientras tanto, Kenneth explicaba a Nina, a grandes voces, que quería invertir todo su dinero en la «Ciudad Nolan».

—¡No, no lo haga! — gritó ella. — ¡Espero, espere!

Y para forzarle con su presencia, se enclavó en el árbol.

—No hay tiempo que perder. Soy

un hombre de acción—decía Kenneth eufórico, moviéndose más de la cuenta en lo alto del árbol. Muchos planes: planes que cambiarán el mapa de toda la construcción.

—¡Pero si no sabe lo que se dice! exclamó Nina, ya junto a Kenneth.

—¡Váyase de este árbol!—le ordenó Virginia.

En aquel instante llegaron Hunk y Judy con la pluma y el secante.

—¡Hunk, Hunk!...—gritó Kenneth—. ¿Tiene la pluma?

El criado contestó afirmativamente y ayudado por su esposa, se dispuso a subir al árbol. Nina gritó a su hermano que lo impidiese, y Henry se puso a pelearse con Hunk. La algarabía que se armó no es para describir. Aquello, en lugar de un árbol, parecía una jaula de monos: uno tirado por un lado, otro a la inversa y entablándose dos bandos que luchaban entre sí fieramente. Kenneth parecía divertirse con aquel juego.

Finalmente Hunk consiguió dar la pluma al joven millonario y entonces se dio cuenta de que no tenía el documento.

—Debe estar en tu bolsillo.

Henry y Nina insistían para que no firmase.

—Kenneth—decía Nina—, ¿no comprendes que no sabes lo que ha-

cés? Ella te dió champán y yo te di mucho coñac.

—¡Qué!—inquirió Virginia—. ¿Coñac encima del champán?

La joven socia de B. J. Nolan se acercó a Kenneth, por encima de una rama, y le mostró los cinco dedos de su mano, y le preguntó:

—¿Cuántos dedos hay aquí? Anda, dime.

—Tres—contestó él, seguido de una exclamación de desencanto de Virginia.

Pero Kenneth estaba fijo en su idea y buscaba afanosamente el sitio donde tenía que firmar.

Nina, al ver lo que ocurría, se desmayó de mentirijillas y su hermano acudió a sostenerla.

—¿Qué? ¿Se ha hecho daño?—preguntó Kenneth.

—No haberse metido en lo que no le importa—exclamó Judy.

—Si le importa el dinero de Kenneth—explicó Henry.

Nina se sintió bien inmediatamente, lo suficiente para decir a su hermano:

—¡No seas idiota!

—¡Vaya con Nina!

La mayor sorpresa de Kenneth, que era quien acababa de hacer aquella exclamación, fué al ver que su padre aparecía por el balcón, provisto de un gran cubo de agua.

QUIEN CONQUISTA ES LA MUJER

—¡Padre!... ¿De dónde viene usted?

B. J. se dio cuenta de que acababa de cometer una plancha y se hizo un lío al tratar de contestar.

—Pues... Er... er... acabo de llegar... ¿Quién necesita el agua?—inquirió, mirando a Nina que simulaba estar sin sentido.

—No, B. J.—le aclaró Virginia—, no está desmayada.

La joven, mientras decía esto, cogió el cubo de manos de Nolan y se dispuso a tirarlo sobre Kenneth, que en aquel momento estaba peleando con buenas palabras con su antigua pretendiente.

Nolan padre no quería que Virginia le tirase el agua a su hijo, ya que de aquel modo reaccionaría y se negaría a firmar el contrato. Pero ella le dijo:

—No puede firmar mientras vea tres dedos donde hay cinco.

—Si es ridículo... Anda, hijo, firma.

—¡Claro, es ridículo!—contestó él—. Construiremos un majestuoso árbol en esta morada...

—No lo permitiré—dijo la joven—. No sabes lo que haces.

—Yo sé bien lo que hago.

—Está bien. Ahora lo veremos.

Y sin otro aviso, tiró el agua del

cubo sobre el rostro de Kenneth, que se vió sorprendido por el inesperado remojón. Cuando la «lluvia» hubo cesado, Kenneth parecía volver del otro mundo. Había recobrado su aspecto serio de siempre, y no se adivinaba en él el menor rasgo del exceso de bebida de aquella tarde.

—¿Qué hacemos aquí?—preguntó—. ¿En este sitio?

—Iba usted a firmar un contrato—dijo Hunk, que estaba atento a todo cuanto ocurría.

—¿Un contrato?—inquirió Kenneth, sorprendido.

—Para... para la «Ciudad Nolan»—se atrevió a aclarar su padre.

—¡Oh, Kenneth! ¿No recuerdas nada de lo que ha pasado?—preguntó Virginia, temerosa. Pensaba que todas cuantas ilusiones se había forjado con el amor de Kenneth se verían abajo con el agua que acababa de tirar sobre su enamorado. Era demasiado soñadora, y lo imposible que había creído podía convertirse en realidad, se deshacía como un castillo de naipes.

Otros sentimientos debían cruzar por el alma de Kenneth, que con su alta figura encaramado en aquel árbol y mojado como una sopa, parecía una imagen forjada en un mal

sueño. Nina creíase ya vencedora en aquel singular duelo entre ella y Virginia. Y los demás no sentían menos expectación ante la reacción que se observaba en quien, con su palabra, podía disponer del futuro de todos ellos.

—Lo único que recuerdo—dijo él entre serio y sonriente—es que

construiremos un majestuoso árbol en estas soledades...

—¡Oh, Kenneth!—exclamó Virginia, caminando ágilmente por encima de una rama, dispuesta a abrazarle, segura ya de que nada podría quitarle su amor, el tiempo que había conseguido reinara otra vez la armonía entre padre e hijo.

EIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

| | |
|---------------------------------|------------------|
| El bailarín pirata | Charles Collins |
| Melodía de Broadway | Robert Taylor |
| Apueta de amor | Gene Raymond |
| Héctor Plasmosa | Gino Cervi |
| El mundo a sus pies | Lily Pons |
| Sepultada en vida | A. Nazari |
| Defensores del crimen | Richard Dix |
| Aventura Pompadour | Kate de Nagl |
| Melodía rota | Willy Birgel |
| Titanes del mar | Victor McLaglen |
| Cupido sin memoria | Ann Sothern |
| Maria Blons | Paula Wessely |
| Posada Jamaica | Charles Laughton |
| El caso Vare | Clive Brook |
| Quimera de Hollywood | Joan Fontaine |
| Los tres vagabundos | Heinz Rühman |

SERIE ALFA

2'50 ptas.

| | |
|---|-----------------------------|
| Sabú, Toomay de las elefantes | Sabú |
| Tú cambiarás de vida | M. Redgrave |
| Las dos niñas de París | C. Barchon |
| ¿Es mi hijo? | Lil Dagover |
| La última avanzada | Carv Grant |
| Vacaciones juets Harvey | Mickey Rooney |
| Margaritz Gautier | Greta Garbo y Robert Taylor |
| Mortal agustión | Ann Harding |
| Una chica insuportable | Danielle Darrieux |
| Bajo manto de la noche | Edmund Lowe |
| Alarma en el expres | M. Reedgrave |
| Crimen de medianoche | Ramón Pereda |
| El signo de la Cruz | Freddie March |
| El asesino invisible | Walter Abel |
| Los dos pilletes | Jacques Teyoll |
| Pygmalion | Leslie Howard |
| Maria Estuardo | Kath. Hepburn |
| Cuidado con lo q. haces | Michael Redgrave |
| Por la dama y el honor | Paul Lukas |
| El día que me quieras | Carlos Gardel |
| El pequeño lord | Fred. Bartholomew |
| Tarjón de las fieras | Buster Crabbe |
| Albergue nocturno | Greta Gynn |
| El misterio de Villa Rosa | Judy Kelly |
| Acusado | Dolores del Río |
| Forja de hombres | Mickey Rooney |
| La prefiere millonario | Gene Raymond |
| Los peligros de la gloria | James Cagney |
| La bella rebelde | Ann Sothern |
| Buscando fama | Don Ameche |
| Una mujer imposible | Jenny Juso |
| El hombre del Niger | Victor Francen |
| Extraños en luna de miel | Hugh Sinclair |
| Andrés Harvey Tenorio | Mickey Rooney |
| Fruto dorado | Clark Gable |
| El secreto del marqués | Armando Falconi |
| Irene | Ana Neagle |
| Una hora en blanco | Franchot Tone |
| La batalla | Charles Boyer |
| La familia Robinson | Fr. Bartholomew |

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

| | |
|--|------------------|
| La última falla | Miguel Ligeró |
| La reina mora | María Arias |
| Rinconcito madrileño | P. G. Velázquez |
| Maria de la O | Carmen Amaya |
| ¡No quiero! ¡No quiero! | José Baviera |
| Éran tres hermanas | Luisita Gorgallo |
| Bohemias | Emilia Abiag |
| Don Floripondio | Valeriano León |
| Los hijos de la noche | Miguel Ligeró |
| Martingala | Nirio Marchena |
| Rapteme usted | Celia Gómez |
| Usted tiene ojos de mu- jer fatal | R. de Sentmenat |
| Tierra y cielo | Maruchi Fresno |
| ¡Al-Alai | Inés de Val |
| ¿Quién me compra un lio? | Maruja Tomás |
| Alas de paz | Lois de Valois |

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

| | |
|--|-------------------|
| Carmen, la de Triana | I. Argentina |
| El sobre lacrado | L. Gorgallo |
| La Dolorosa | Rosita Díaz |
| La Millona | R. de Sentmenat |
| Suspiros de España | Miguel Ligeró |
| Gloria del Moncayo (Los de Aragón | M. de Diego |
| El octavo mandamiento | Lina Yegros |
| Rumbo al Cairo | Miguel Ligeró |
| El difunto es un vivo | Antonio Vico |
| Molinos de viento | Pedro Terol |
| La alegría de la huerta | Flora Santacruz |
| El barbero de Sevilla | Miguel Ligeró |
| Sol de Valencia | Maruja Gómez |
| Melodía de arrabal | I. Argentina |
| Misterio en la Mariama | C. Gardel |
| Rosas de otoño | Tony D'Algy |
| La patria chica | M. F. L. Cuevara |
| La chica del gato | Estrellita Castro |
| Un enredo de familia | Josita Hernán |
| La culpa del otro | Mercedes Vecino |
| Fin de curso | Luis Prandés |
| Mi enemigo y yo | Luchy Soto |
| | Josita Hernán |

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

| | |
|--------------------------------|------------------|
| A la lima y al limón | Miguel Ligeró |
| La Parrala | Maruja Tomás |
| Verbena | Maruja Tomás |
| Reas de África | Rafael Medina |
| Noche de engaño | Armando Nazari |
| Cautivo del deseo | Leslie Howard |
| Flor de espino | Gracia de Triana |
| Tú llegarás | Roberto Rey |
| Buenas noches | M. Luisa Gerona |
| Otoño | Roberto Rey |

CANCIONERO

Precio: 80 cts

MERCEDITAS LLOFTIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MIR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aixa)
JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NISO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
MUSA CUBANA «MACHIN»

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO, JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO, GINE-JAZZ
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO, JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPAÑA - JAZZ
GOZALBO-LLORENS - MEXICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ

CAMILIN
LOLA FLORES
CARLOS GARDEL (Creaciones)
VIANOR
PEPE BALLESTIROS
MIRCO
NISO DE MARCHENA
RAMPER
NISO DE UTRERA
PIRAM ARCOS
NINA DE LOS PEÑES
CURRO CARMONA
QUERBITA

Precio: 75 cts.
EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.
EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 pta.
THUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO, JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA, JAZZ

Precio: 1'50 pta.
RAUL ABRIL-BONET DE S. PEDRO
BERNARD HILDA
MUSA ARGENTINA
SEPIUVEA - R. BOLUDA
M.^a LUISA GERONA - MARY MER-
CHE Y TELLESITA ARCOS
UNA VOZ Y UNA MELODIA (Carmen, 1)
JOSE VALERO

Pedidos a

Editorial ALFA

Apartado 707

BARCELONA





2'50 ptas.

IMPRESA COMERCIAL
VALERIO, S.A. - MADRID